



**Universidad Nacional  
de La Matanza**  
Escuela de Posgrado

---

**TESIS DE  
MAESTRIA EN PSICOANALISIS**

*Del sometimiento superyoico a la posibilidad sublimatoria*

*Autor: Lic. Perla Frenkel*

*Director: Dr. Eduardo Mandet*

*Buenos Aires, julio 2007*

**INDICE**

	Pág.
CAPITULO I	
Presentación del problema _____	3
Relevancia del problema _____	4
CAPITULO II: Objetivos	
Objetivo general _____	7
Objetivos específicos _____	7
CAPITULO III	
Estado del arte y consideraciones teóricas _____	11
Acerca del superyó _____	11
Acerca de la sublimación _____	34
CAPITULO IV	
Del sometimiento superyoico a la posibilidad sublimatoria _____	49
CAPITULO V	
La palabra en transferencia _____	53
CAPITULO VI	
Algunos datos clínicos _____	63
Comienzo desde el final _____	64
La narración del principio – Los comienzos del análisis _____	70
CAPITULO VII	
Trauma y tiempo en psicoanálisis _____	75
Algunas puntuaciones en referencia al superyó _____	80
CAPITULO VIII	
Reflexiones finales _____	87
BIBLIOGRAFIA _____	91

## **CAPITULO I**

### ***Presentación del problema***

## CAPITULO I

### PRESENTACION DEL PROBLEMA

*Una voz clama; en el desierto abran camino a Jehová  
Una voz clama en el desierto; abran camino a Jehová  
Santa Biblia, Isaías (Capítulo XL, versículo 3)*

Un cambio de puntuación, un cambio en el acento, hace la diferencia.

Según escuchemos, se nos invoca, se nos convoca, se nos pide, se nos ordena. Se nos condena, o se nos habilita a hacer, a pesar de las dificultades.

El epígrafe es bíblico pero resuena para el psicoanálisis. Momentáneamente lo postergaremos; será retomado en la investigación ya que resume la dirección de la misma.

Como resultado de interrogantes en el trabajo clínico planteamos las siguientes preguntas:

- 1) ¿Qué efectos tiene en la clínica, en el caso por caso, la consideración del superyó como representante del ello?
- 2) ¿El sublimar es lo que permite al sujeto cambiar?

Entonces definiremos dos conceptos fundamentales que guiarán la investigación y los interrelacionaremos. Ellos son: superyó y sublimación.

El concepto del superyó es problemático y complejo. Según se lo considere como heredero del Edipo, o se lo articule con un resto, puro ruido, anterior a la palabra, cuestión que remite al núcleo de lo traumático, lo mudo no apalabrable. Nos interesa trabajarlo en esta segunda vertiente conceptualizándolo en su dimensión de representante del ello pulsional y en su relación con la pulsión de muerte.

La sublimación como destino de pulsión, que burla la represión, también se relaciona con la pulsión de muerte.

## **RELEVANCIA DEL PROBLEMA**

El considerar el superyó del modo en que lo proponemos implica una concepción de la clínica, que toma en cuenta fundamentalmente el Principio del Mas allá del principio de placer. Cuestión que determina como objetivo de la cura, pasar del sometimiento superyoico a la posibilidad sublimatoria. Esto es pasar de ser culpable a hacerse responsable por el deseo.

Nos interesa investigar el particular anudamiento entre superyó y sublimación con pulsión de muerte.

¿Por qué es importante realizar esta investigación?

Porque el objetivo del análisis sería entonces pasar del sometimiento superyoico a la posibilidad sublimatoria. En la clínica psicoanalítica, en transferencia se intenta alcanzar la posibilidad sublimatoria, en el sentido de acotar la muerte.

Aunque el planteo pueda resonar teórico el interés es fundamentalmente clínico.

Porque implica otorgarle al análisis el lugar que le corresponde para aliviar el sufrimiento humano.

## **CAPITULO II**

### ***Objetivos***

## **CAPITULO II**

### **OBJETIVOS**

#### **Objetivo general**

Será objetivo de esta investigación señalar e interpretar desde los conceptos teóricos freudianos y lacanianos, que es el superyó, que es la sublimación y como se articulan.

Será objetivo de esta investigación la descripción y análisis de los efectos del superyó en la clínica y la descripción del acceso a la posibilidad sublimatoria.

#### **Objetivos específicos**

- 1) Describir las manifestaciones que caracterizan la emergencia del imperativo superyoico y analizar su relación con la posibilidad de obediencia al mandato o su tramitación de un modo otro, esto es sublimar.
- 2) Diferenciar las manifestaciones en que hay producción sublimatoria de aquellas en las que hay sometimiento superyoico.
- 3) Dar cuenta de las diferencia de las dos posiciones subjetivas.

## **CAPITULO III**

### ***Estado del arte y consideraciones teóricas***

### **CAPITULO III**

#### **ESTADO DEL ARTE Y CONSIDERACIONES TEORICAS**

Diversos autores han trabajado separadamente los dos conceptos. Existen muchos desacuerdos respecto al concepto de superyó que serán desarrollados durante la investigación.

El concepto de superyó que aparece enunciado en el año 1923 por Freud queda como saldo de la segunda tópica, señalado de un modo que provocó divisoria de aguas en el abordaje psicoanalítico. Algunos autores lo consideraron solamente heredero del Edipo y normativizante. No tomaron en cuenta el planteo freudiano donde el superyó es el abogado del ello y es señalado como puro cultivo de la pulsión de muerte.

#### **Acerca del superyó**

Freud plantea el concepto de superyó, en 1923 en "El yo y el ello".

Para su génesis considera: desvalimiento y dependencia infantil, complejo de Edipo y sexualidad en dos tiempos.

Ya en el 1900 los sueños punitivos aparecen como cumplimientos de deseos, pero ¿para quién?, años después dirá, para el superyó. Los hechos desgraciados, las torpezas y los accidentes narrados en la "Psicopatología de la vida cotidiana" (1901), también darán cuenta de los castigos, que en nombre del destino, se le imponen al sujeto.

En 1914, en "Introducción del narcisismo", desarrolla los conceptos de ideal del yo y de conciencia moral, como una función intrapsíquica, narcisista. Allí no

discierne la diferencia entre yo ideal e ideal del yo, sí relaciona el narcisismo con la creación del ideal. Al observar que el *"... adulto normal muestra amortiguado el delirio de grandeza que una vez tuvo, y borrados los caracteres psíquicos desde los cuales hemos discernido su narcisismo infantil."* Se pregunta *"¿Qué se ha hecho de su libido yoica?"* (Freud, "Introducción del narcisismo", 1914, pág. 90).

Y contesta: *"...no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla, por estorbárselo las admoniciones que recibió en su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma de ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal, es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal."* (Freud, "Introducción del narcisismo", 1914, pág. 91).

Vemos que la formación del ideal, es una formación narcisista que favorece la represión y aumenta las exigencias del yo.

*"La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto, de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces,<sup>1</sup> y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública)."* (Freud, "Introducción del narcisismo", 1914, pág. 92).

Luego dirá: *"...quizás es justamente este factor, la conducta del ideal del yo, el que decide la gravedad de la neurosis."* (Freud, "El yo y el ello", 1923-1925, pág. 51).

---

<sup>1</sup> El subrayado es propio.

Y va señalando las consecuencias "...pues esa necesidad de castigo es el peor enemigo de nuestro empeño terapéutico". (Freud, "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", "32ª conferencia: Angustia y vida pulsional", 1932, pág. 100).

"...al parecer, este factor, la necesidad inconciente de castigo, interviene en toda contracción de neurosis". (Freud, "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", "32ª conferencia: Angustia y vida pulsional", 1932, pág. 100).

"...Durante el trabajo analítico no hay impresión más fuerte de las resistencias que la de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y a toda costa quiere aferrarse a la enfermedad y el padecimiento. A una parte de esa fuerza la hemos individualizado, con acierto sin duda, como conciencia de culpa y necesidad de castigo, y la hemos localizado en la relación del yo con el superyó." (Freud, "Análisis terminable e interminable", 1937, pág. 244).

"Duelo y melancolía" (1915) excede el estudio de las afecciones que menciona, y nos enseña acerca de la constitución del yo. Lo vemos así escindido, "...una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia críticamente y la toma por objeto" (Freud, "Duelo y melancolía", 1915, pág. 245). En la melancolía vemos el paradigma de la severidad y crueldad del superyó, para con un yo inerme identificado con el objeto resignado, al cual no se puede perder porque devendría en una pérdida del yo.

"La sombra del objeto, cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado". (Freud, "Duelo y melancolía", 1915, pág. 246). Se paga con la escisión y se

introyecta un objeto que se incorpora en su totalidad, que funcionará siempre con un sesgo de extrañeza (voces imperativas, mandatos insensatos).

Señalamos hasta aquí el carácter narcisista del superyó y el precio que paga el yo con su escisión.

Desde el nacimiento de la teoría, parricidio, culpa y castigo marcan el eje freudiano en torno a la cuestión del padre.

No olvidemos que Freud escribe "La interpretación de los sueños" (1900) como reacción frente a la muerte de su padre.

Ya en la correspondencia a Fliess en la "Carta 50", (2 de noviembre de 1896, pág. 273), Freud narra un sueño en el cual pide dis-culpas por llegar tarde al entierro de su padre. En ese sueño aparece un cartel que dice: "*Se ruega cerrar los ojos.*" (pág. 273). No se sabe quién lo dice ni de dónde proviene. Si pide disculpas, ¿de qué culpa se trata? el deseo de muerte hacia el padre encuentra así su expresión y convoca un castigo.

Nos preguntamos, el pedido de indulgencia expresado en "*se ruega cerrar los ojos*". ¿A quién se dirige?

La muerte de un padre. ¿En qué posición deja al hijo?

Insistencia del desamparo. El desvalimiento y la dependencia infantil dejarán su huella. Desde el "Proyecto..." (Freud, 1895), el desamparo aparece como fuente de los "*motivos morales*" (pág. 363), la necesidad del otro nos pone a su merced, así, el desamparo y el desvalimiento inicial son marcas en el orillo que nos hacen necesitados de un otro.

Insistencia del desamparo que se dará frente a la naturaleza, el cuerpo y la ley.

Pero hete aquí que son condiciones de la humanización, el desamparo, el complejo de Edipo y la sexualidad en dos tiempos.

¿Qué aporta la instauración de la ley? Viene a prohibir el cuerpo de la madre, prohibición del incesto y parricidio. Su representante es el padre.

En la lectura habitual hablamos de declinación del Edipo e identificación. ¿De qué identificación hablamos? Queremos diferenciar la identificación primaria previa a toda carga de objeto, en la cual hay incorporación del otro; de la identificación secundaria, en la cual del otro se tomarán rasgos. La una remite al yo ideal, la otra al ideal del yo. Pasaje de la perfección omnipotente narcisista a la acumulación de funciones y rasgos.

En el complejo de Edipo intervienen ambas identificaciones, queremos subrayar la identificación primaria, cuyos efectos son sustantivos en la formación del superyó.

Freud destaca los efectos de las primeras identificaciones como los más universales y duraderos, marca del padre, más resistentes a la movilización. Siempre queda, en esta operatoria, un resto no asimilado, por lo cual, lo intrusivo de esta identificación es proclive a la fijación; a diferencia de las secundarias, que son parciales, a rasgos, y que permiten sustituciones.

En la identificación primaria se trata de un más allá del inconciente, tomado como segunda transcripción, según el modelo de la "Carta 52" (1896).

Articulamos la identificación primaria, fundante, a la enigmática frase del "Proyecto..." (1895): *"fuente de los motivos morales"* (pág. 363). Decimos entonces, que el desamparo inicial y la necesidad del otro nos ponen a su merced.

El padre todopoderoso se incorpora, no se asimila, y queda un resto que se hace oír. Ruidos, voces imperativas, mandatos insensatos.

En "La interpretación de los sueños" (1900), aparecen los sueños punitivos, la censura, los ruidos, que rompen la cadena asociativa, y que como la censura rusa, deja espacios tachados.

Esto que es marca, ruido, cosa, (no representación de cosa), tiene que ver con el ello. Emergencia del superyó ligado al ello pulsional, insistencia de repetición, desmezcla pulsional que se opone a posibles ligaduras, emergencia de la pulsión en su versión más mortífera, que busca la descarga total.

Volviendo a nuestra pregunta acerca de la instauración de la ley, recordamos brevemente las hipótesis freudianas expresadas en "Tótem y tabú" (1912) y en el "Moisés..." (1939): La ley es consecuencia del asesinato del padre.

En "Tótem y tabú" (1912) hay un protopadre, todopoderoso, el "Urvater", que podríamos pensar como un antes del padre; al cual los hermanos en alianza, matan.

De este asesinato surge la culpa como lazo social entre los hermanos. Surge así, a través del asesinato del padre, el padre como lugar de la ley. Ahora ellos se prohíben, hay añoranza, se cumplirán sus preceptos, se espera de él amparo y se obedece, "*obediencia de efecto retardado (nachträglich)*" (Freud, "Tótem y tabú", 1912, pág. 145). Para que advenga la ley es necesario que el asesinato del padre (acto) se convierta en la muerte del padre (simbolización del acto). La figura padre muerto dispara la obediencia retroactiva y se instala la ley. De este modo se realiza el pasaje de la idealización a la castración para operar desde allí como Ley del padre que ordena, posibilita, pacifica, normativiza y

habilita. Hay idea de finitud, incesto y parricidio como fantasía. El otro no es todopoderoso sino que está sujeto a la ley.

Diferenciamos entonces, esta ley simbólica de los imperativos superyoicos que son arbitrarios, insensatos, afirmados en un poder omnipotente, no pacificante, sin límites, ante los cuales hay obediencia y temor. Incesto y parricidio serían posibles, se busca la completud, se niega la falta, el sujeto queda avasallado.

Esta es la raíz del Edipo que al prohibir incesto y parricidio anuda el deseo a la ley del padre. Del padre terrible queda un resto que no se puede simbolizar, cuyo retorno se teme. Son los agujeros de la ley por donde se filtra la identificación al padre de la identificación primaria, y, dada la añoranza y el temor, surge la disposición a sometersele.

*"... ¿quién otro que el padre pudo ser en la infancia "el gran hombre"?"*. Se pregunta Freud en el "Moisés y la religión monoteísta" (1939, pág. 106).

*"Uno se ve forzado a admirarlo, tiene permitido confiar en él, pero no podrá dejar de temerlo."* (Freud, "Moisés y la religión monoteísta", 1939, pág. 106).

En "El yo y el ello" Freud dirá del superyó: *"Mediante su institución, el yo se apodera del complejo de Edipo y simultáneamente se somete, él mismo, al ello. Mientras que el yo es esencialmente representante del mundo exterior, de la realidad, el superyó se le presenta como abogado del mundo interior, del ello."* (Freud, "El yo y el ello", 1923, pág. 37).

El superyó *"Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado, y mantiene su imperio aun sobre el yo maduro."* (Freud, "El yo y el ello", 1923, pág. 49).

*"Entre los vasallajes del yo, acaso el más interesante, es el que lo somete al superyó." (Freud, "El yo y el ello", 1923, pág. 57).*

En el "Esquema del psicoanálisis" dirá: *"Como precipitado del largo período de infancia durante el cual el ser humano en crecimiento vive en dependencia de sus padres, se forma dentro del yo una particular instancia en la que se prolonga el influjo de estos. Ha recibido el nombre de superyó. En la medida en que este superyó se separa del yo o se contrapone a él, es un tercer poder<sup>2</sup> que el yo se ve precisado a tomar en cuenta."* (Freud, 1938, pág. 144).

Culpa y deuda convocan al sacrificio. Para reconciliarse, hay que dar la propia vida, culpa de sangre, posición masoquista, necesidad de castigo. ¿Qué otra cosa vemos sino en las excepciones, los que fracasan al triunfar, los que delinquen por sentimiento de culpa, en las impulsiones y en los actos más violentos; sino una necesidad de castigo? Buscan condena y muestran de este modo, la emergencia de un superyó feroz que los empuja a realizar actos pecaminosos para así encontrar castigo. La culpa es anterior, desconocida para el sujeto y despierta la irreprimible necesidad de ser castigado. El acto violento no es entonces, expresión de un superyó débil, muy por el contrario, es el superyó en su versión más cruel.

Dice Freud: *"En muchos delincuentes, en particular los juveniles, puede pesquisarse un fuerte sentimiento de culpa que existía antes del hecho (y por lo tanto no es su consecuencia, sino su motivo), como si se hubiera sentido un alivio*

---

<sup>2</sup> El subrayado es propio.

al poder enlazar ese sentimiento inconsciente de culpa con algo real y actual." (Freud, "El yo y el ello", 1923, pág. 53).

Erotismo y culpa que dan cuenta de la posición pasiva ante un padre todopoderoso, imaginario. Posición masoquista que a veces, en el discurso del paciente, es expresada como los azotes del destino, posición masoquista, entonces, como llamado al Otro.

Leemos en Braunstein: *"El superyó, como instancia que vigila y sanciona las transgresiones, como código legal y penal y como fuerza jurídica y policial, ordena dentro de cada uno el suplicio, comanda la intranquilidad, exige satisfacciones que no son las de las necesidades ni las de las demandas, y marca al deseo como peligroso e incolmable. Esgrimiendo la amenaza de castración en los hombres, y la del abandono amoroso en las mujeres hace sentir sus imperativos de sacrificio, de deuda impagable, de posesión subyugante ejercida por el Otro."* (Braunstein, "Goce", 1998, pág. 36).

Leemos en Freud la cita de Goethe: *"Lo que has heredado de tus padres adquiérello para poseerlo."*<sup>3</sup> (Freud, "Tótem y tabú", 1912, pág. 159).

De la herencia habrá que apropiarse, parte recibimos, reconocemos, y parte se resistirá a tal apropiación.

Es sólo por el atravesamiento de la ley, que como ya dijimos, es ley del padre en tanto su representante, que hay acceso a lo simbólico. La tramitación

---

<sup>3</sup> Goethe, *Fausto*, parte I, escena 1. Freud volvió a citar estos versos en su *Esquema del psicoanálisis* (1940, págs. 208-209)

edípica deja este saldo. Lo que resiste a la simbolización, a la apropiación, tendrá que ver con el superyó, con las fallas de la ley.

En el decir de Nasio: *"...un simulacro de ley, una ley agujereada, prácticamente destruida, una vociferación desaforada e insensata de la ley. El único atributo que confiere al superyó una apariencia de ley es el modo imperativo que adopta para hacerse oír por el yo"*. (Nasio, "Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis", 1994, pág. 189). Diremos entonces, incorporación imaginaria diferente a la inscripción simbólica.

Se trata del superyó en tanto representante del ello, resto de la identificación primaria. Aquello de lo que nos podemos apropiar tiene que ver con lo que del ello devino inconciente. En esta legalidad, hay posibilidad de interpretación, en tanto se puede pasar de las voces y los ruidos, que con el devenir de los enlaces y las asociaciones en el trabajo analítico, podrán ser palabras. El paciente ya no oye pasivamente, sino que dice, se hace oír. En el trabajo analítico, en transferencia, el sujeto pasa de obedecer mandatos a reconocer una ley en la que porque no todo se puede, algo se puede.

Como hemos dicho, según se conceptualice el superyó, los abordajes clínicos serán diferentes. Strachey, en 1947, plantea que hay dos cursos convergentes de argumentos que consideran al superyó del paciente como ocupando una posición de llave en la terapia analítica. Se trataría de una parte de la mente en la que una alteración favorable tendría probabilidades de conducir a una mejoría general y que, según este autor, es una parte de la mente especialmente expuesta a la influencia del analista.

Nos preguntamos; ¿podríamos afirmar hoy, que se trata de una alteración favorable? ¿Y cómo pensar la influencia del analista?

Fenichel, en 1946, plantea que *"El superyó es el heredero de los padres, no sólo como fuente de amenazas y castigos; sino también como fuente de protección y como aquel que posee un amor resguardador."* (Fenichel, "Teoría psicoanalítica de la neurosis", pág. 129).

Por otro lado, señalaremos especialmente la posición de Melanie Klein en su artículo "Primeros estadios del conflicto de Edipo y de la formación del superyó" (1943) del cual transcribiremos algunos párrafos dado que responde más a la línea que queremos destacar en relación al superyó.

Leemos en Klein: *"En las páginas siguientes describiré los procesos de desarrollo que preceden a esta primera expansión de la sexualidad y trataré de demostrar que los estadios tempranos del complejo de Edipo y la formación del superyó, se extienden aproximadamente desde la primera mitad del primer año de vida hasta el tercero de la vida del niño."* (pág. 83)

*"De este modo el ello sufrirá una división que, según creo, es el primer paso para la formación de las inhibiciones instintivas y del superyó, lo cual puede ser similar a la represión primaria."* (pág. 87)

*"El niño tiene también fantasías en las cuales sus padres se destruyen mutuamente mediante sus genitales y excrementos, imaginado por él como armas peligrosas. Estas fantasías tienen efectos importantes y son muy numerosas, conteniendo ideas como aquella del pene incorporado a la madre, que se convierte en animal peligroso o en armas con substancias explosivas o que su vagina se transforma también en un animal peligroso o algún instrumento de*

*muerte como una ratonera envenenada. Puesto que estas fantasías son deseos, puesto que sus teorías sexuales se alimentan de deseos sádicos, el niño tiene un sentimiento de culpa por los daños que en su imaginación los padres se causan uno al otro." (pág. 93) <sup>4</sup>.*

*"Según mis puntos de vista, el conflicto de Edipo aparece en el niño tan pronto como empieza a tener sentimientos de odio contra el pene del padre y el querer cumplir una unión genital con su madre y destruir el pene del padre que él imagina se encuentra en el interior de su cuerpo." (pág. 94).*

*"Son estos impulsos destructivos, fusionados con los libidinosos lo que obligan al superyó a utilizar defensas contra la fantasías de masturbación e, incidentalmente, contra la masturbación misma. El sentimiento de culpa del niño acerca de su temprana masturbación genital se debe así a sus fantasías sádicas dirigidas contra los padres." (pág. 95).*

*"Además estas fantasías masturbación contienen la esencia de su conflicto de Edipo y pueden por tanto ser consideradas como el punto focal de su total desarrollo sexual, el sentimiento de culpa que tienen debido a sus impulsos libidinosos es realmente una reacción a los impulsos destructivos enlazados con ellos. Si esto es así, entonces no solamente serían las tendencias incestuosas las que darían lugar primero al sentimiento de culpa, si no que el temor del incesto el mismo se derivaría de impulsos destructivos que han entrado en relación permanente con lo más tempranos deseos incestuosos del niño." (pág. 95/96)*

---

<sup>4</sup> El subrayado es propio

*"Si es exacto suponer que las tendencias de Edipo en el niño aparecen en la fase de mayor sadismo, ello nos lleva a aceptar la tesis de que son principalmente impulsos de odio lo que ocasionan el conflicto de Edipo y la formación del superyó y los que gobiernan los más tempranos y decisivos estadios de ambos. Esta tesis, aunque a primera vista parece contradictoria a la teoría psicoanalítica aceptada, coincide no obstante con el conocimiento del hecho de que la libido se desarrolla hasta el período genital partiendo del pregenital."* (pág. 96).

Vemos aquí como Klein articula libido y culpa en la emergencia del superyó.

*"Mis propias observaciones me han conducido a la creencia de que la formación del superyó es un proceso más simple y más directo. El complejo de Edipo y el superyó aparecen, creo, bajo la supremacía de los impulsos pregenitales y de los objetos que han sido introyectados en la fase oral sádica –las primeras catexis de objetos e identificaciones- informal a principios del temprano superyó. Además, lo que origina la formación del superyó y gobierna sus tempranos estadios son los impulsos destructivos y la ansiedad que ellos producen. Al considerar así los impulsos del individuo como factor fundamental en la formación de su superyó, nosotros no negamos la importancia de los objetos mismos para ése proceso, pero lo vemos desde un punto de vista distinto. Las identificaciones tempranas del niño reflejan sus objetos de un modo irreal y desfigurado. Según sabemos por Abraham, en un estadio temprano del desarrollo, tanto los objetos reales como los introyectados están principalmente representados por sus órganos. También sabemos que el pene del padre es un objeto de ansiedad por excelencia y es comparado en el inconciente con armas*

*peligrosas de varias clases y animales aterradores, los cuales envenenan y devoran, representando la vagina una entrada peligrosa. Los análisis tempranos demuestran que estas ecuaciones son un mecanismo universal de importancia fundamental en la estructura del superyó. Hasta donde puedo juzgar, el núcleo del superyó se encuentra en la incorporación parcial que tiene lugar durante la fase canibalística del desarrollo; las primeras imágenes del niño toman la marca de estos impulsos pregenitales." (pág. 97/98).*

Es de destacar el valor que le otorga a las identificaciones tempranas, dándole importancia fundamental al concepto de fantasía.

*"Desde que el yo considera el objeto interiorizado como un enemigo cruel del ello, surge lógicamente el hecho de que el instinto destructivo, que el yo ha desviado hacia el mundo externo, ha sido dirigido contra el objeto, del cual, por consiguiente, nada sino hostilidad contra el ello puede esperarse. Pero hasta donde llega mi experiencia también está presente un factor filogenético en el origen de la ansiedad temprana e intensa que el niño siente frente a los objetos interiorizados."*

*"El padre en las primeras tribus era el poder externo que obligaba a una inhibición de los instintos. En el transcurso de historia del hombre el temor a su padre adquirido cuando comienza a interiorizar sus objetos, servirá parte como una defensa contra la ansiedad a la que dio lugar el instinto destructivo." (págs. 98-99).*

*"En lo que se refiere a la formación del superyó Freud parece seguir dos líneas de conducta que son, en cierto modo, complementarias. Según una de ellas la severidad del superyó es debida a la severidad del verdadero padre, cuyas*

prohibiciones y órdenes repite. De acuerdo con la otra, como ha indicado en una de los párrafos de sus escritos, su severidad es el resultado de los impulsos destructivos del sujeto."

"El psicoanálisis no ha seguido la segunda línea de conducta. Tal como muestra su literatura, ha adoptado la teoría de que el superyó se deriva de la autoridad de los padres y en ella ha fundado todas las investigaciones sobre el individuo. No obstante Freud, en parte, ha confirmado recientemente mis puntos de vista, subrayando la importancia de los impulsos del individuo mismo como un factor en el origen del superyó y en el hecho de que su superyó no es idéntico a sus objetos reales."

Klein, señala de algún modo, como se van generando las divergencias en relación al concepto de superyó.

"Querría dar el nombre de "tempranos estadios de formación del superyó" a las identificaciones primeras hechas por el niño, del mismo modo que ha empleado el nombre "tempranos estadios del complejo de Edipo". En los tempranos estadios del desarrollo del niño, la precipitación de la catexis de objeto ejerce influencia sobre un tipo que la caracteriza como un superyó, aunque difieren en calidad y en el modo de las identificaciones que pertenecen a los últimos estadios. Y aunque este superyó sea muy cruel, formado bajo la supremacía del sadismo, siempre toma la defensa del yo contra el instinto destructivo y es ya en estos primeros estadios la fuente de la cual proceden las inhibiciones instintivas."

"En su artículo *Die Identifizierung* (1926), Fenichel ha aplicado cierto criterio que diferencia los "precursores del superyó", como él llama a las tempranas

identificaciones de acuerdo con la sugestión hecha por Reich, del superyó propiamente dicho. Estos precursores existen, según cree, en un estado difundido e independiente uno de otro y carece de la unidad, severidad, oposición del yo, cualidad de ser inconciente, y del gran poder que caracteriza al superyó actual como heredero del complejo de Edipo. Según mi opinión, tal diferenciación es incorrecta en diferentes sentidos. Hasta ahora me ha sido posible observar que es precisamente ese superyó primario el más severo ningún período de la vida es tan fuerte la oposición entre el yo y el superyó como en la temprana infancia. Es más, este último hecho, explica por qué, en los primeros estadios de la vida la tensión entre los dos es principalmente sentida como ansiedad. Además he encontrado que las órdenes y prohibiciones del superyó no son menos inconcientes en los niños que en los adultos y que no son de ningún modo idénticas a las órdenes que provienen de los objetos reales. Creo que Fenichel tiene razón al decir que el superyó del niño no está ya íntimamente organizado como en los adultos. Pero esta diferencia, aparte de que no es una verdad universal puesto que muchos niños pequeños muestran un superyó bien organizado y muchos mayores en superyó difuso, me parece que está de acuerdo con el grado disminuido de cohesión mental que posee el niño pequeño si lo comparamos con el yo, bien organizado, del adulto. Sabemos que los niños pequeños tienen un yo no tan altamente organizado como el de los niños en período de latencia."

"A pesar de eso, nosotros no decimos que tienen un yo sino precursores del yo. Ya sea dicho que en la fase de sadismo máximo un aumento de las tendencias sádicas conduce a un aumento de ansiedad. Las amenazas expresadas por el temprano superyó contra el ello contienen en detalle la totalidad de las fantasías

sádicas dirigidas hacia objetos, así que ahora, cada detalle se vuelven contra el yo." (págs. 99/101).

"Desde mi punto de vista lo que él también expulsan es su terrorífico superyó que el ha introyectado en el período oral-sádico de su desarrollo. El acto de expulsión es así un medio de defensa empleado por su yo aterrorizado, contra su superyó; expele sus objetos internalizados y les proyecta al mundo externo."

"Los mecanismos de proyección y expulsión están íntimamente ligados en el individuo al proceso de formación de superyó. Así como su yo trata defenderse asimismo de su superyó expulsando violentamente y destruyendo, de un modo singular urgido por las amenazas de su superyó, trata de desembarazarse de su ello sádico, esto es, de sus tendencias destructivas por el mismo método de expulsión enérgica." (pág. 102).

"Si es cierto que el superyó se forma en tal etapa temprana del desarrollo del yo, cuando yo no está aún tan alejado de la realidad, debemos ver el crecimiento de las relaciones objeto desde un punto de vista distinto. El hecho de que el individuo crea un cuadro deformado de sus objetos en virtud de sus propios impulsos sádicos no sólo supone un carácter distinto al influencia ejercida por esos objetos y su relación con ellos en la formación del superyó, sino que, recíprocamente, aumenta la importancia de la formación del superyó en cuanto a sus relaciones de objeto." (pág. 104).

Diríamos que la autora estaría señalando que el superyó, no es sólo considerado como heredero del Edipo y que en relación a la construcción de la realidad, también tiene su importancia.

*"En la fase sádica el individuo se protege del temor de sus objetos violentos, ya sea introyentando o expulsando, redoblando sus propios ataques destructivos sobre él, en su imaginación. Liberándose así de su objeto él ansía, en parte, silenciar las intolerables amenazas de su superyó." (pág.105).*

*"Así parecería que en las personas en las cuales las situaciones de temprana ansiedad son demasiado poderosas y que han retenido la mecanismo de defensa que pertenecen a esa edad temprana, temen el superyó y, si por razones externas o intrapsíquicas, sobrepasaron ciertos límites, los obligaría a destruir sus objetos y formaría la base para el desarrollo en tipo de conducta criminal."*

*"Pienso que estas situaciones de temprana y fuerte ansiedad son también de fundamental importancia para la etiología de esquizofrenia. Pero aquí sólo por sostener este punto de vista únicamente por dos o tres sugerencias. Como ha sido señalado, la proyección de su terrorífico superyó sobre sus objetos aumenta en el individuo su odio a esos objetos y así también su temor de ellos, resultando crecida ansiedad y depresión son excesivas, su mundo externo se transforma en un lugar terrorífico y sus objetos en enemigos y se siente amenazado de persecución, tanto por parte del mundo externo como de sus enemigos introyectados." (págs. 105/106).*

*"Así consideradas, la formación del superyó, relación de objeto y adaptación a la realidad, son el resultado de una interacción entre la proyección de los impulsos sádicos del individuo y la introyección de sus objetos." (pág. 110).*

Como hemos podido leer, la autora marca la importancia de un superyó temprano que se expresa en su máximo sadismo. Queremos recalcar lo de

temprano sobre todo en el punto donde otros autores sólo lo señalan como heredero del Edipo y no estas cuestiones de lo tempranísimo, de lo primitivo, que le da esa fuerza pulsionante que remite a lo mortífero que nos habita. Es Klein quien desde su lectura de Freud a partir de los desarrollos de 1920 hace depender el superyó de las vicitudes de la pulsión de muerte. Esta lectura está centrada en el eje pulsional y será entonces la pulsión la que crea al objeto.

Hasta aquí Klein. Resaltaremos la posición de Ángel y Elisabeth Garma en su artículo *"La escotomización del sometimiento al superyó en la teoría de Freud del narcisismo"* (1976) quienes detallarán la relación entre narcisismo, pulsión de muerte y superyó. Ellos dan luz a una problemática que en otros autores fue pasada por alto.

*"Apoyándose en otras enseñanzas de Freud, en 1932 uno de nosotros trató de demostrar que este no era el origen de la megalomanía. Hizo derivar ésta última de una entrega masoquista del individuo a su superyó,<sup>5</sup> que va acompañada de una renuncia a la heterosexualidad. Así, Schreber se considera asimismo grandioso cuando se siente castrado por Dios y sometido homosexualmente a él. También el Hombre de los lobos, en su psicosis, según refiere Ruth Mack Brunswick, se considera castrado por Freud, hecho que lo hacía sentirse orgulloso de sí mismo."* (pág. 637).

*"En dicho artículo considera que el megalomaníaco está muy lleno de libido que ha retirado de sus objetos, cuando en realidad está siendo muy destruido por su superyó, aunque aparente lo contrario. Esta situación latente, tan destructiva,*

---

<sup>5</sup> El subrayado es propio

en Schreber y en el Hombre de los lobos puede manifestarse conscientemente, porque su sometimiento masoquista al superyó aparentemente se realiza con figuras consideradas grandiosas, como son Dios y Freud." (pág. 638).

"El órgano enfermo o el que produce sensaciones hipocondríacas molesta al individuo, no puede estar cargado de libido, sino cargado de energía tanática; en otros términos, de mortido. (Federn 1936)." (pág. 639).

"Esto significa un comportamiento de tipo superyoico, tanático, dirigido contra la libido." (pág. 640).

"En esta concepción, de un modo que causa asombro, Freud sigue escotomizando el hecho de que el psicótico está mucho más sometido masoquistamente que el neurótico a un superyó destructor<sup>6</sup>, algo que Freud mismo hizo patente, por ejemplo, en 1911, en su estudio del psicótico Schreber." (págs. 641/ 642).

"Nos ayuda además a comprender considerar al hijo como "perfecto" significa también una valoración de índole superyoica y no simplemente narcisismo o sea libido colocada en el hijo." (pág. 642).

"Es lo que describe Melanie Klein como propio de la posición paranoesquizoide, por la que pasa todo bebé sus primeros meses y en la que él estaba muy sometido masoquistamente a sus perseguidores externos e internos, es decir, a los antecesores de su superyó, de los cuales se defiende mediante la idealización, la omnipotencia y la negación." (pág. 643).

---

<sup>6</sup> El subrayado es propio

*"Hay algo más. Durante los tratamientos psicoanalíticos el análisis del ideal del yo o del superyó demuestra que la perfección que el individuo proyecta en dicha instancia psíquica es un proceso de idealización que encubre siempre la existencia de una desvalorización latente. En otros términos, en los tratamientos psicoanalíticos el superyó se revela habitualmente como un objeto castrado que a su vez es castrador. Freud en sus estudios teóricos sobre narcisismo no demuestra los aspectos destruidos del ideal de yo, lo que es otra muestra más de su escotomización del sometimiento masoquista al superyó." (pág. 644).*

*"Básicamente, se trata de un proceso de tipo inverso (Garma, 1971, pág. 161): en la manía el individuo está más sometido masoquistamente a su superyó que en la melancolía, aunque él crea lo contrario, aceptando para ello ser engañado por su superyó cruel." (pág. 644).*

*"En realidad, más bien que dichas tendencias incestuosas y parricidas, lo que crea la neurosis es el sometimiento masoquista al superyó, bajo la forma de un sentimiento de culpabilidad, el que para poder imponerse busca apoyarse en posibles tendencias incestuosas y parricidas. Así, la clínica psicoanalítica demuestra que un hombre reacciona con impotencia genital o síntomas conectados, no tanto porque tenga tendencias incestuosas y parricidas, si no porque su sentimiento de culpabilidad, precedente de su sometimiento masoquista al superyó, lo lleva creer inconscientemente que la mujer con la que va a tener relaciones genitales es su madre, y que el coito con ella es un acto muy agresivo contra su padre." (pág. 645).*

Los autores se referirán al concepto de narcisismo señalando que este puede ser tomado en dos concepciones diferentes. Una sería una localización de

la libido en el yo, y la otra un alejamiento de los objetos externos e internos y un ensimismamiento o autismo del individuo. Es considerando esta última que aclaran que en gran cantidad de comportamientos que se denominan narcisistas, no es solamente la libido la que se localiza en el individuo sino también su instinto de muerte. Es así que a pie de página del mismo texto ellos aclaran que: *"Según Paula Heimann (1952, pág. 168) Narciso, "como una consecuencia de su culpa por haber rechazado a Eco, tiene que hacer un duelo por un objeto inalcanzable (perdido) y sucumbir a una depresión suicida". O sea, debe someterse a la acción destructiva de su superyó a través de su conducta narcisista."* (pág. 646).

A nuestro entender, esta autora citada por Garma señala también como para el superyó no hay posibilidad de pérdida.

*"Hemos intentado mostrar que detrás de estas conductas manifiestas pretendidamente narcisistas, del tipo del autismo y de la megalomanía, se ocultan siempre sentimientos masoquistas al superyó."* (pág. 647).

*"Se está llevando a una vida vegetativa, como la que tienen los psicóticos. Es lo que expresa el mito, señalando que como castigo, los dioses, es decir, el superyó perseguidor, transformaron a Narciso en una flor."* (pág. 648).

José Treszezamsky dirá *"... ¿Por qué la gente piensa "que sería de nosotros sin el superyó"? Porque en situación regresiva nos imaginamos incapaces de sobrevivir sin el auxiliar a quien, masoquísticamente equiparamos con el superyó"* (1997, pág. 113).

Acordamos con Marta Gerez Ambertin quien señala que: *"Toda conceptualización del superyó precisa tener en cuenta que es a la vez "eco del Ello" y "eco del Complejo de Edipo" y, en su gula, vuelve a encontrarse lo que*

debía mantenerse separado: prohibición, tentación y pulsión. De allí su opresión mortificante." (*"Imperativos del superyó"*, 1999, pág. 43).

Para Lacan el superyó "...constituye una parte de los mandatos interiorizados por el sujeto. Pero es un enunciado discordante, exorbitante con relación a la ley pacificadora de lo simbólico. De este modo, el superyó es también el que empuja al sujeto a ir más allá del principio de placer. Le prescribe más bien el goce. Esto obliga, por otro lado, a distinguir el superyó del ideal del yo." (Chemama, *"Diccionario del psicoanálisis"*, 1996, pág. 429).

A nuestro entender, el aporte de Lacan está dado por la diferenciación que hace entre ideal del yo y superyó. Tomaremos las conclusiones abreviadas que al respecto encontramos en Chemama: *"Superyó e ideal del yo son confundidos a menudo: tan imbricados están los dos aspectos del ideal y de la interdicción. Con este ideal del yo se coteja el yo, aspirando a un perfeccionamiento cada vez más avanzado. Esta función del ideal, correlativa, como el superyó, del Edipo, hunde sus raíces en la admiración del niño por las cualidades que atribuía a sus padres. Pero el superyó, a diferencia del ideal del yo, se sitúa esencialmente en el plano simbólico de la palabra. El uno es coercitivo; el otro, exaltador. El superyó es agente de depresión. Pero también llega a atemperar su dureza por medio de la actitud humorística."* (Chemama, *"Diccionario del psicoanálisis"*, 1996, pág. 430).

El superyó que nos presenta Lacan tiene que ver con la voz, como lo plantea en el Seminario 10 *"La Angustia"* (1962-1963). Lo ejemplifica el sonido estruendoso del shofar y encuentra la relación con el recuerdo del sacrificio que Abraham estaba dispuesto a hacer de su hijo Isaac. Igualmente, el sonido del

shofar remite, ya lo había señalado Theodor Reik (1919)<sup>7</sup>, al bramido del animal al que se le ha dado muerte, es la misma voz del padre, de ese ausente habrá que acordarse y de su asesinato que el sacrificio repite. La voz es la del padre interdicator condenado a la muerte y se la vincula con los imperativos del superyó.

Diremos entonces que al retomar estos autores reinstalamos la cuestión del deseo que en Melanie Klein se considera por la vía de la fantasía inconciente y que Lacan coloca como subsidiario de la pulsión de muerte, en su lectura de retorno a la conceptualización freudiana; que surge de la experiencia de satisfacción. Hemos de recordar que en búsqueda de "Constancia" se encuentra "Nirvana". A la pulsión habrá que ponerle freno para evitar la descarga total. Algo pulsa más allá de toda legalidad simbólica. El resto indominable que conmina, es a nuestro entender, el superyó como doble del ello.

### **Acerca de la sublimación**

Según la definición de Chemama es el *"Proceso psíquico inconciente que para Freud da cuenta de la aptitud de la pulsión sexual (connotado con ciertos valores e ideales sociales) y para cambiar su fin sexual inicial por otro fin, no sexual, sin perder notablemente su intensidad."* (Chemama, "Diccionario del psicoanálisis", 1996, pág. 415).

La sublimación, no es un síntoma, aunque sí un retorno; no es una idealización, aunque conforma a los ideales; no es una pulsión de meta inhibida,

---

<sup>7</sup> En su artículo "El shofar" (el cuerno del camero) expuesto ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 5 de enero de 1919

aunque como ellas, está socialmente aceptada; no es una identificación, aunque sí pulsión desexualizada; no es una satisfacción directa, pero implica placer; no se relaciona con el objeto, pero se obstina en perseguir "la Cosa".

*"Por las comunicaciones de hombres en extremo productivos, como Goethe y Helmholtz, llegamos a saber más bien que lo esencial y lo nuevo de sus creaciones les fue dado a la manera de ocurrencias y adivino a su percepción casi listo."* (Freud, "La interpretación de los sueños", 1900, pág. 601).

Diremos que hay momentos peculiares en donde el ser humano pone en suspenso la lógica que articula su mundo simbólico, a fin de realizar con los mismo elementos una nueva articulación, crear una nueva forma.

Pensamos que la forma es construida desde el tramado representacional que deviene en un re-encuentro. La forma ya-ahí del buitre que Pfister encuentra en el cuadro de Leonardo, "Santa Ana y la Virgen María"<sup>8</sup>, e interpreta como un rompecabezas inconciente, es una construcción de Leonardo. Creación que es un reencuentro con las representaciones que Leonardo introdujo para dar cuenta de una fantasía primigenia.

La sublimación modela entonces el lugar de nuestra máxima angustia transformándola en metáfora; elude la muerte acotándola en un marco erótico.

Freud en "El Proyecto de una psicología para neurólogos" (1895), refiere en el complejo del semejante (pág. 377), la determinación extranjera del sujeto humano, que parte de una pérdida que deja un espacio vacío. Las inscripciones

---

<sup>8</sup> Podemos observar este cuadro con las observaciones de Pfister en el texto "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci" (Freud, 1910, pág. 107).

buscarán recrear y dar cuenta de ese agujero, intentando reencontrar aquello que lo ocupaba.

Podríamos distinguir así dos momentos: en un momento fundante, no habría diferencia entre carga y objeto; sólo a partir de la represión primaria y la aparición del preconciente, sería posible hablar de una desexualización que permite distinguir representación de identificación.

Pensamos que el trabajo de la sublimación está referido a la posibilidad de rescribir estas primeras inscripciones a la manera de un anagrama –dando un nuevo nombre- y/o delinear el contorno de ese fantasma originario. Plantearíamos así dos modalidades del trabajo sublimatorio: la primera, regulada por el principio del placer y la segunda, desde el más allá.

Así como en el trabajo del sueño, la elaboración secundaria escribe el armazón de lo imposible de ser dicho, la sublimación produce una nueva vía de expresión de aquello que permanecía inaccesible, exento de los valores de cambio que la economía libidinal impone a los retornos de lo reprimido.

Y si de retornos hablamos, deberemos deslindar dos caminos pulsionales que los implican: el del síntoma y el de la sublimación. El primero transcurre por la sofocación en lo cultural y la represión en lo individual, bajo la égida de la regulación fálica. El segundo, por el contrario, circula a través de la rebelión marcada por la lógica de la castración que se pone nuevamente a trabajar. Reencuentro con la singularidad del deseo, en una desexualización que sobrepasa los límites de lo representable, alcanzado fugazmente dar cuenta del objeto perdido.

En "Introducción del narcisismo" (1914), buscando diferenciar los caminos de la idealización y la sublimación, afirma Freud, que la primera se refiere a un proceso que sucede con el objeto de amor, es decir, en el plano yoico y la segunda, con la pulsión: *"La formación de un ideal del yo se confunde a menudo, en detrimento de la comprensión, con la sublimación de la pulsión. Que alguien haya trocado su narcisismo por la veneración de un elevado ideal del yo no implica que haya alcanzado la sublimación de sus pulsiones libidinosas. El ideal del yo reclama por cierto esa sublimación, pero no puede forzarla; la sublimación sigue siendo un proceso especial cuya iniciación puede ser incitada por el ideal, pero cuya ejecución es por entero independiente de tal incitación"* (Freud, "Introducción del narcisismo", 1914, pág. 91).

La sublimación es un proceso que se desencadena a nivel pulsional y supone el enfrentamiento a una falta, ¿metáfora del objeto perdido? No solamente, dado que tenemos que considerar tanto al objeto irremediamente perdido, como a la Cosa, el *das Ding* freudiano, uno de los nombres de lo real y que cuando falta su falta, convoca y emerge la angustia. En el proceso de las identificaciones imaginarias, de la idealización, estamos en el terreno del superyó, con sus efectos ilusorios de completud y de obturación fallida de la falta.

Así, Leonardo da Vinci, por momentos, cae preso de la ilusoria fascinación de los mandatos culturales y, en otros, soporta el desamparo que supone el enfrentamiento con el vacío generador del acto creativo. Es por lo tanto muchas veces avasallado, en su proceso de creación, por meras sustituciones que no hacen más que referirse a una investigación circular, en la que provoca un

engrandecimiento y realzado psíquico del objeto a investigar, en detrimento de la sublimación pulsional.

Freud alude a una pérdida radical fundante, que conduce a un continuo intento de re-encuentro. La sublimación, en su fugacidad, nos habla de su acercamiento al vacío dejado por la cosa perdida. Se trata de un encuentro fallido.

Freud habla de los destinos de las pulsiones que alcanzan su expresión en tanto haya un yo que las articula, y ahí la importancia que adquiere la temática del narcisismo. El yo ideal se juega en el registro especular y el ideal del yo nos remite al plano simbólico, conectándose este último con el concepto de sublimación.

El ideal no implica necesariamente la sublimación: puede estimularla, pero no ejecutarla. Por el contrario, en relación al destino de la represión, es su condición indubitable.

Por lo tanto: *"la formación de un ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión."* (Freud, "Introducción del narcisismo", 1914, pág. 91).

Es decir, en la represión se opera sobre la sexualidad, tras los avatares oral, anal y fálico. El neurótico inscribe la castración al modo de la represión y viendo impedido su acceso al deseo, buscará quien lo ame incondicionalmente. Por otro lado consolándose en el registro del placer, adherido y fijado a viejos complejos representacionales, procurará curar la herida narcisista dejada por la castración.

Algo diferente sucederá en la sublimación, ya que la energía pulsional liberada de la satisfacción con los objetos incestuosos o sustitutos de los mismos autonomiza el placer correspondiente.

En la sublimación, se tratará de la falta de objeto, de lo irrepresentable, de un más allá del principio del placer que deviene en causa de una creación.

La sublimación alcanza lo más radical del ser humano, la pulsión de muerte y la transforma, reeditando el proceso de surgimiento de la pulsión.

Freud, en "El yo y el ello" (1923, pág. 32) se pregunta: *"¿No se cumplirá toda sublimación por la mediación del yo, que primero muda la libido de objeto en libido narcisista, para después, acaso ponerle (setzen) otra meta?"*

Más adelante, en el mismo capítulo III, Freud continúa marcando tres caminos diferentes (sublimación, identificación y retorno de lo reprimido): *"La lucha que se había librado con furia en estratos más profundos y que no se había decidido mediante una sublimación y una identificación súbitas, se prosigue ahora en una región más alta, como la batalla contra los hunos en el cuadro de Kaulbach.<sup>9</sup>"* (1923, pág. 40).

En el capítulo IV, Freud insiste en la mediación yoica, en el enlace de la sublimación con los propósitos de Eros y nuevamente articula erotismo, amor y destinos pulsiones. Al ofrecerse el yo como objeto de amor, según el camino de

---

<sup>9</sup> La llamada comúnmente "Batalla de Châlons", del año 451, en que Atila fue derrotado por los romanos y visigodos. En ella se basó Wilhelm von Kaulbach (1805-1874) para uno de sus murales del Nuevo Museo de Berlín, en el cual se representaba a los guerreros muertos continuando la lucha en el cielo por encima del campo de batalla, según una leyenda que se remonta a Damasciano, filósofo neoplatónico del siglo V (Freud, "El yo y el ello", 1923, pág. 40).

autoerotismo-narcisismo-amor objetal, facilita el pasaje de la libido objetal a libido desexualizada: *"Al apoderarse así de la libido de las investiduras de objeto, al arrogarse la condición de único objeto de amor, desexualizando o sublimando la libido del ello, trabaja en contra de los propósitos de Eros, se pone al servicio de las mociones pulsionales enemigas"* (1923, pág. 46). Y más adelante: *"Si esta energía de desplazamiento es libido desexualizada, es lícito llamarla también sublimada, pues seguiría perseverando en el propósito principal de Eros, el de unir y ligar en la medida en que sirve a la producción de aquella unicidad por la cual -o por la pugna hacia la cual- el yo se distingue. Si incluimos los procesos de pensamiento en sentido lato entre esos desplazamientos, entonces el trabajo del pensar – este también – es sufragado por una sublimación de fuerza pulsional erótica"* (1923, pág. 46).

Señalamos aquí una complejización que ya aparece anunciada en el capítulo III; nos referimos a desexualización o sublimación.

Este texto nos permite deducir y precisar la sublimación como un mecanismo que no se explica exclusivamente por la desexualización, condición necesaria pero no suficiente y, además, diferenciar la desexualización conducente a las identificaciones de la pertinente a la sublimación.

Las identificaciones son al trabajo sublimatorio, lo que el resto diurno es al trabajo del sueño.

Parfraseando a Freud podríamos decir que despojando al producto sublimatorio de los ropajes del proceso secundario, quedará al desnudo la *"operación auxiliar de poderes oscuros provenientes de lo profundo del alma (el*

*diablo en el sueño de la sonata, de Tartini*)<sup>10</sup> (Freud, "La interpretación de los sueños", 1900, pág. 601), pero que, sin aquel disfraz, no podrían haberse hecho presentes.

Los avatares del sujeto humano se juegan alrededor de la pérdida originaria, fundante del su psiquismo. A este complejo tramado pulsional, la cultura vendrá a imponerle una renuncia importante.

Tanto en "El malestar en la cultura" (1930) como en "Sobre la conquista del fuego" (1932), Freud plantea que la frustración, que esta renuncia implica empuja al hombre a la búsqueda de otros mecanismos, tanto para la obtención de placer como para la evitación del dolor. La sublimación sería una de ellas.

En la sublimación, la pulsión, en lugar de dar una respuesta al modelo de una investigación sexual que responde a la amenaza de castración, ensaya una forma de trabajo transicional con ella. No se toman en cuenta los argumentos puestos al servicio de lo fálico. La temática fálica apunta a recubrir engañosamente el vacío dejado por el objeto perdido.

Lacan recuerda en "La Ética del Psicoanálisis" (1959-1960) el empleo del término por parte de Freud de "*das Ding*", "la Cosa", cuya estructura no es conforme a las leyes del significante, pero las padece.

---

<sup>10</sup> Se dice que el compositor y violinista Giuseppe Tartini (1692-1770) soñó que vendía su alma al diablo, quien tras eso tomó un violín y ejecutó una sonata de exquisita belleza con destreza consumada. Al despertar, el compositor escribió de inmediato lo que podía recordar de ella, y el resultado fue su famoso "Trillo del Diavolo". (Freud, "La interpretación de los sueños", 1900, pág. 601)

Freud, en el "Proyecto de una psicología para neurólogos" (1895), en el desarrollo del complejo del semejante (pág. 377), separa dos componentes: a) una parte del complejo es comprendida a través del trabajo de la memoria y otro b) permanece como una cosa del mundo, agregando Lacan, de naturaleza extranjera –Fremde–.

La primera porción alude a las representaciones que se regulan por el principio del placer-displacer. La segunda alude al objeto de la necesidad irremediablemente perdido y que devendrá para Lacan en el objeto causa de deseo, será *"aquello en torno a lo cual se organiza todo el andar del sujeto"* (Lacan, "La Ética del Psicoanálisis", 1959-1960, pág. 68).

Haciendo mención a que en alemán hay dos términos para aludir a la Cosa, *die Sache* y *das Ding*, Lacan señala que Freud para referirse a la representación de cosa la denomina *"Sachevorstellung"* y no *"Dingvorstellung"*. Dicho empleo del término *Sache* para las representaciones estaría expresando el distanciamiento indefectible de *"das Ding"*, *"realidad muda"* (Lacan, "La Ética del Psicoanálisis", 1959-1960, pág. 70) e inaccesible, que nos impulsará a la nostalgia.

Para Lacan, en la mencionada obra, la pulsión colonizaría el campo de *"das Ding"*, que sería, en términos freudianos, el del Más allá del principio de placer, dando lugar a la sublimación. Este enfrentamiento con *"das Ding"* produciría efectos sublimatorios que velarían nuevamente esa realidad inabordable. Este planteo, aparece en el capítulo II del Seminario "La Ética del Psicoanálisis" (1959-1960) en confluencia con el concepto kleiniano del cuerpo mítico dañado de la madre a reparar, que se ubicaría en el lugar central del *"das*

*Ding*". De esta manera, el valor reconstitutivo kleiniano en la labor fantasmal reparatoria, es confrontado con la idea lacaniana de las articulaciones del sujeto con el objeto primordial.

En las neurosis, "*das Ding*" cae bajo la interdicción del incesto, produciéndose un vacío: el objeto princeps del deseo. ¿Cómo abordarlo una vez perdido? Recordemos aquí que Lacan insiste en que para Freud el objeto es fundamentalmente reencontrado, ya que su pérdida es retroactivamente determinada por el hallazgo.

Uno de los caminos privilegiados es la sublimación, en la que mediante representaciones singulares se ocultan y revelan los contornos de ese vacío.

La sublimación alude a una transgresión singular, se inclina más allá de ciertos límites pasados los cuales se pierden los anclajes imaginarios. Nos estamos refiriendo a los límites fijados por el principio del placer, que conducirían a un punto mítico. Justamente Lacan propone tomar en cuenta que, en las pulsiones hay que considerar no sólo su aspecto de deriva, de plasticidad, sino también el de sus límites, por lo cual no todo es fácilmente sublimable, existiendo, por ejemplo, una cuota de satisfacción directa necesaria para el equilibrio libidinal.

En la sublimación hay un retorno en el cual se inventa lo perdido.

En la sublimación hay repetición de la reproducción del vacío.

Desde la pulsión, la sublimación es alcanzar una satisfacción diferente a su meta original; desde el objeto, no implica solamente una nueva sustitución o desplazamiento; lejos de ello, la sublimación no se ocupa de él, lo soslaya o lo ignora y se enraíza en "la Cosa", circundándola fugazmente.

La sublimación implica un mecanismo retroactivo en tanto funda la pérdida del objeto al recrear los rasgos del mismo. Es el hallazgo, la creación misma, la que determina aprehender algo de una pérdida generadora.

Dice Picasso: *"Yo no busco, encuentro"* (citado por Lacan en el Seminario "La Ética del Psicoanálisis", 1959-1960, pág. 147). El encontrar precede al buscar el camino sublimatorio implicaría entonces un recorrido inverso, al modo del sueño, por el que se ingresa a los terrenos del más allá del principio de placer.

El trabajo sublimatorio moviliza la deriva representacional que regula el funcionamiento del aparato, hacia la posibilidad de representar aquello que constituye lo más extraño y lo más familiar de uno mismo.

La creación no es desde la nada, pero sí de la nada, de ese abismo, de ese lugar perdido, inabordable. La forma en que se plasma este re-encuentro, con un sello y estilo particular para cada sujeto, es una creación que rompe con el anclaje erógeno, internándose en los territorios de Tánatos.

En la transferencia analítica puede reflejarse con diversas intensidades el efecto sublimatorio.

Juranville dirá que *"La transferencia puede conducir al sujeto, precisamente, a la sublimación"* (Juranville, "Lacan y la filosofía", 1992, pág. 205). Este autor caracteriza a la sublimación como una estructura existencial y le da importancia a la transferencia para que en ella el sujeto pueda enfrentarse a su soledad y a la finitud implicada en la castración. De este modo se puede establecer en la transferencia la situación que permite que la palabra constituya acto. Dirá que *"Hacer que advenga la estructura sublimatoria constituye entonces toda la ética del psicoanálisis."* (Juranville, "Lacan y la filosofía", 1992, pág. 227).

Articulando ambos conceptos, el de superyó y el de sublimación, diremos que el superyó que inhibe actos y que opera como instancia judicial de nuestro psiquismo en tanto que presentifica la pulsión de muerte y el masoquismo, se opone a la posibilidad sublimatoria, pero la sublimación que igualmente tiene que ver con la pulsión de muerte y que es un destino pulsional que burla la represión permite en las vicisitudes de la transferencia dar cuenta de la posibilidad de sustituir lo sexual por lo no sexual sin perder su intensidad. Permite, dar cuenta de un resultado y abrir continuamente enigmas en oposición al superyó que congela y solidifica identificaciones alienantes.

Para Juranville, *"Devenir para el otro la referencia, aunque para ello haya que pagar un precio, es entrar en el ámbito de la sublimación."* (Juranville, "Lacan y la filosofía", 1992, pág. 198).

Ambas cuestiones tendrán que ver con cuestiones del vacío. En la sublimación se engendra la falta. Y al buscar reproducir momentos inaugurales que llevan a nuevas articulaciones, permite burlar aquello que era de una vez y para siempre, según los mandatos superyoicos.

Para Lacan, quien como venimos señalando, introduce el tema de *la Cosa, das Ding*, en el Seminario "La Ética del Psicoanálisis" (1959-1960), ésta es una realidad muda que hace vocablo y que al mismo tiempo introduce en el mundo, por su referencia al Otro de la ley y del Nombre, llegando a la conclusión que la sublimación "es elevar el objeto a la dignidad de la Cosa." (pág.138). Igualmente Lacan dirá que los Diez Mandamientos se ligan a aquello que regula la distancia del sujeto a la Cosa y que esta distancia es la condición de la palabra.

Diremos entonces que la sublimación es una particular vía que permite tramitar asintóticamente la castración. Tener acceso a la sublimación implica entonces soportar esa especie particular del duelo, esa que en tanto analistas, por la posición que ocupamos en la situación analítica, Lacan llama el "des-ser".

En relación al analizante, acordamos con Peskin quien plantea *"Si el avance del análisis alcanza la sublimación, recién entonces nos encontraríamos con el acto decidido por el sujeto, que es un acto basado en el juicio del sujeto y ya no en el determinismo del superyó."* ("Los orígenes del sujeto", 2003, pág. 184).

## **CAPITULO IV**

### ***Del sometimiento superyoico a la posibilidad sublimatoria***

## CAPITULO IV

### Del sometimiento superyoico a la posibilidad sublimatoria

*Lej lejá...:  
Vete de tu tierra...  
Génesis, XII:1*

*Lej lejá:  
Vete hacia ti,  
Traducción posible para el Lej Lejá <sup>11</sup>*

Esta tesis presenta una indagación acerca del modo de accionar del superyó y sus modulaciones, desde el inicio de un análisis hasta el momento en que está próximo el final y el posible acceso a una posición subjetiva en la que sea viable la posibilidad sublimatoria. Se propone que el tránsito por el análisis, que sólo y tan solo puede cursar por medio del instrumento palabra y del acto en transferencia, se trata *del pasaje del sometimiento superyoico, con su cuota de sufrimiento, a una disponibilidad sublimatoria*. Entendida ésta como un trabajo de la pulsión en la que se asoma al abismo y regresa con algo nuevo, se acerca a aquello que queda por fuera de las representaciones y permite para el humano algún tipo de realización. Se trata de una posición en la que algo se desliga en la fantasmática habitual y se anuda de un modo que va más allá del amor, de la idealización; permite que algo nuevo nos sorprenda y surjan nuevas relaciones significantes.

---

<sup>11</sup> Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. Génesis XII:1. Este es el mandato que Abram recibe de Jehová, y que puede traducirse (el *Lej Lejá*) del hebreo original como un *Vete hacia ti*. Como todavía no ha sido realizado el pacto, su nombre es Abram y no Abraham.

La sublimación como deriva pulsional, permitiría, en tanto la pulsión no circula por la vía de la represión, acceder a creaciones nuevas, tal vez inéditas.

En cuanto al superyó, éste será considerado como abogado del ello relacionado con la pulsión de muerte, en articulación con el complejo paterno, con el desamparo y la dependencia del humano, con lo traumático, que se muestra bajo la forma de imperativos que someten al sujeto.

Intentaremos señalar las vicisitudes en la clínica, para ver si "... *La lucha que se había librado con furia en estratos más profundos, y que no se había decidido mediante una sublimación y una identificación súbitas, se prosigue ahora en una región más alta, como la batalla contra los hunos en el cuadro de Kaulbach*" (Freud, "El yo y el ello", 1923, pág. 40).<sup>12</sup> Diremos, en transferencia analítica, para así acceder a la *posibilidad sublimatoria*. Los fragmentos de sesiones serán considerados en referencia a ésta temática, dejando aperturas posibles para próximos trabajos.

---

<sup>12</sup> En la cita se refiere al yo, tomamos la licencia de considerarlo en relación a la transferencia analítica.

## **CAPITULO V**

### ***La palabra en transferencia***

## CAPITULO V

### La palabra en transferencia

La palabra nomina, designa, hace referencia, atribuye y por qué no, confiere existencia. El psicoanálisis, desde el inicio, fue caracterizado como cura por la palabra.

En el mito bíblico que refiere la creación, leemos en hebreo *Breishit bará*: "En el principio creó". Pero las traducciones difieren. Una versión dice: "En el principio fue el verbo" (El Santo Evangelio según San Juan, Cáp. I, vers. 1) -. En la otra se lee: "En el principio fue la acción" (Génesis, Cáp. I, vers. 1).

Traducciones, versiones diferentes. Cuestiones que resuenan en psicoanálisis.

Estamos habituados a leer: "en el principio fue el verbo". Sin embargo, Freud al concluir "Tótem y ", toma la cita de Goethe: "en el principio fue la acción" (Freud, "Tótem y tabú", 1912, pág. 162)<sup>13</sup>.

Entonces, para el psicoanálisis ¿Importa la palabra? ¿Importa el acto? ¿Acto en qué sentido? Según la definición de R. Chemama: "Un acto es siempre *significante*. El acto inaugura siempre un corte estructurante que permite a un sujeto reencontrarse, en el *après-coup*, radicalmente transformado, distinto del que había sido antes de ese acto." (Chemama, "Diccionario del psicoanálisis", 1996, pág. 3).

Freud habló del poder de las palabras: "las palabras fueron originariamente *ensalmos*, y la palabra conserva todavía hoy mucho de su antiguo poder

<sup>13</sup> Cuando se refiere a la diferencia entre el primitivo y el neurótico.

*ensalmador. Mediante palabras puede un hombre hacer dichoso a otro o empujarlo a la desesperación, mediante palabras el maestro transmite su saber a los discípulos, mediante palabras el orador arrebató a la asamblea y determina sus juicios y sus resoluciones. Palabras despiertan sentimientos y son el medio universal con que los hombres se influyen unos a otros. Por eso, no despreciemos el empleo de las palabras en la psicoterapia... ” aunque “...los parientes incultos de nuestros enfermos nunca dejan de manifestar su duda de que meras palabras puedan lograr algo con la enfermedad” (“Conferencias de introducción al psicoanálisis”. “Primera conferencia: Introducción”, 1915-1916, pág. 15).*

También Lacan, por su lado, habla del poder de la palabra en la cura y así nos previene: *“La palabra tiene en ella todos los poderes, los poderes especiales de la cura”* (“La dirección de la cura y los principios de su poder”, 1958, pág. 621).

La palabra implica algo del orden de la ley. Es que no todo puede decirse. Es que hay un tope.

La palabra aleja y separa de la Cosa. Y al decir *“la Cosa”*, nos referimos al *das Ding* freudiano, eso ajeno que nos habita, que permanece fijo, inmutable, mudo; la Cosa del mundo, de naturaleza extranjera (temática desarrollada por Freud en el complejo del semejante) (Freud, “Proyecto de una psicología para neurólogos”, 1895, pág. 377).

El psicoanálisis es cura por la palabra. Pero ¿qué propone? La regla fundamental. Y luego ¿qué ofrece el analista? Su escucha, su intervención, su presencia, su interpretación.

En transferencia, la intervención del analista suele causar sorpresa puesto que se produce un nuevo saber, un saber que no es del yo y una nueva posición

frente a lo no posible de ser sabido.

Pero resulta que cuesta tolerar la libertad de la regla fundamental; inevitablemente se convoca a la angustia, dado que, en algún momento irrumpe lo Real. Aquello que, al modo de Freud, denominamos *das Ding*, vacío de representación, al que la pulsión hace borde y al cual la palabra vela. La palabra que vela el vacío, fracasa a veces, e irrumpe el vacío de *das Ding*.<sup>14</sup> He aquí la insistencia del Más allá del principio de placer.

"Más allá" en Freud, lo "Real" en Lacan, dan cuenta de un psicoanálisis que trabaja con la angustia, que la usa como moneda de cambio. ¿Para qué? Para que eso que permanece mudo deje de producir efectos.

Freud decía que las comunicaciones que el análisis necesita, sólo serán hechas a condición que se haya establecido un particular lazo afectivo con el médico: la transferencia. En transferencia, entonces, surgirá aquello que parafraseando a Freud, el paciente "*no quiere confesarse a sí mismo*". (Freud, "Conferencias de introducción al psicoanálisis", "1ª Conferencia: Introducción", 1915-1916, pág. 15).

Así suceden las cosas: un buen día alguien consulta a un analista. La propuesta de éste será: vamos a consultar al saber del inconciente, al saber que "se supone" acerca del inconciente.

Y por su parte ¿qué escucha un analista? Palabras, palabras que se han condensado a partir del movimiento y mutabilidad de las letras; letras que se conciben como formas y signos misteriosos; letras que, en su pura forma, son las

---

<sup>14</sup> Cuestión que Lacan articula al objeto a.

cifras del goce. Impresiones sensibles y primera transcripción de las que habla Freud en la "Carta 52" (1896). Por cierto que esas puras formas podrán articularse entre sí, según el trabajo del inconciente, como una segunda transcripción. El preconciente, tercera transcripción, muestra la fuerza de las palabras en apariencia sin significado, pero disponibles para ser cargadas de él.

Cuando el analista interviene se enfrenta con la magia de la palabra. Y como en el caso del mago, su intervención causará sorpresa. Pero los recursos de su trabajo están al servicio de señalar los signos de lo, hasta ahora, no comunicable. Y, he aquí la paradoja: Esto nos llevará llegar al punto en que se diga que no todo puede decirse, ya que la palabra opera como límite, como enfrentamiento con la castración.

Hay marcas, huellas que, en realidad, van más allá del supuesto reservorio de sucesos de la infancia y que, en ese tiempo de la transferencia, por combinación, producirán una significación nueva, dirigida a alguien que escuche de otra manera.

Pero resulta que los efectos de la palabra no son calculables. Con la palabra coexiste un más allá de la palabra y cuando decimos, decimos más de lo que decimos. Somos dichos por la palabra.

Sabemos que el síntoma es un saber congelado, una "extraña tierra interior" (Freud, "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis". "31ª conferencia: La descomposición de la personalidad psíquica", 1932-1936, pág. 53). Así es que interesa qué dicen las palabras del analizante para descongelar ese saber. Si nuestra intervención opera sobre el saber congelado en el síntoma, es posible que la pulsión encuentre caminos y enlaces que atemperen la pura

insistencia de la repetición. Y para esto necesitamos que se instale el dispositivo: la transferencia.

En los inicios del tratamiento escuchamos el efecto de palabras que operan como oráculo o destino en la vida del analizante. Por ejemplo: -¡Tú eres eso! "*Serás un gran hombre o un gran criminal*".<sup>15</sup> (Freud, "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" (caso del "Hombre de las ratas"), 1909, pág. 161). Enunciados que suelen comandar la vida del sujeto. ¿Quién las dijo?, preguntamos. No se sabe quién las dijo, ni cuándo fueron dichas. Por su poder y sus efectos, algo del orden de lo demoníaco se hace presente en ese fraseo oracular. Se hacen oír los imperativos de un superyó que, como representante del ello, como puro cultivo de la pulsión de muerte, ordenan un imposible: que todo sea posible, que todo siga igual.

Según Freud, el psicoanalista que convoca a los demonios, no debe permitir que se retiren sin haberlos antes interrogado.

Ya en el caso Dora, cuando la muchacha abandona el tratamiento, Freud escribe: "*Quien, como yo, convoca los más malignos demonios que moran, apenas contenidos, en un pecho humano, y los combate, tiene que estar preparado para la eventualidad de no salir indemne de esta lucha*" ("Fragmento de análisis de un caso de histeria" (caso "Dora"), 1905 [1901], pág. 96).

Es que el trabajo del psicoanalista recorre el camino de la paradoja y libra combates y otras luchas. Estamos en pleno trabajo, la transferencia se instala. Pues bien, entonces ¡escuchemos al deseo! Todo está dispuesto. Claro que el deseo no se puede decir, ya que tiene que ver con el objeto que nunca tuvimos y

<sup>15</sup> La cita textual dice "*Este chico será un gran hombre o un gran criminal!*"

que es, por esto, un indecible. Así es que vamos a encontrar, una y otra vez, las sustituciones y, en el decir del deseo, siempre se tratará de otra cosa. Y aún sin poner obstáculo a la formulación del deseo, el analista se enfrentará con esta veladura: la palabra va a resultar insuficiente para dar cuenta de él.

En tanto trabaja, se atiene a la regla fundamental, y tiene presente que: en análisis la cuestión es dar la palabra al analizante, para que surja su saber, el del inconciente, su verdad, el analista abre camino a un uso de la palabra que introduce en la lógica de lo indominable e incognoscible. Escucha. El inconciente va a hacer algo con eso. Como en el ejemplo freudiano del *"oso polar y la ballena"*, en la cura se juntan para dirimir sus diferencias (Freud, "Conferencias de Introducción al Psicoanálisis", "Parte III. 27ª conferencia: La transferencia", 1916-1917, pág. 394).

Por su parte, el analizante llega con sus saberes. Con el tiempo va descubriendo que, en sus palabras, otra cosa se dice. La palabra aparece entonces ligada al no saber. Y, si todo va bien, se dan las pistas. El tránsito está muy lejos de ser un camino sencillo con un claro trazado. El análisis se instala a cada momento; en transferencia siempre hay apertura, cierre, salida, acting (como se ve en el caso Dora). Las reediciones si, como queda dicho, todo va bien, darán la oportunidad de encontrar otra vuelta.

En esa nueva oportunidad que brinda la transferencia, el sujeto comienza a saber que no se sabe todo y que tiene que arreglarse solo con esos saberes, y con sus momentos de verdad. Es algo del orden de un tránsito que, desde una postura en la que impera un: *"los otros me dicen"*, el analizante se dirige a la formulación de una pregunta inédita: *"¿por qué me pongo en ese lugar?"*. Es por

este motivo que consideramos el trabajo del análisis como pasaje del sometimiento superyoico a una disposición sublimatoria, en el sentido de atemperar la enajenación que para el sujeto supone el imperativo superyoico, para poder, de ahí en más, arreglárselas con el deseo.

También habrá un cambio en la pregunta: ¿qué significa eso? a ¿qué soy yo? El que soy yo implica; que soy en lo que digo.

Es oportuno recordar que desde Freud, el deseo tiene que ver con la falta y con el no saber. Sobre esta cuestión nos ilustra insistentemente en su libro de los sueños. El deseo de dormir es paradigmático; se trata de dormir. Y el deseo de dormir es la cuestión del sueño y de la neurosis.

Ahora bien, así como en el "*Sueño del niño que arde*" (Freud, "La interpretación de los sueños", 1900, Capítulo VII, pág. 504), el padre despierta, a otra realidad, en el trabajo del análisis, se trata de un despertar que contradice a la ley del deseo como deseo de dormir. En análisis se trata de despertar-se del deseo como deseo del Otro. A esto apunta este despertar que implica el despertar en el análisis, un despertar como el de la pesadilla que, al despertar, relanza el deseo.

## CAPITULO VI

### *Algunos datos clínicos*

## CAPITULO VI

### Algunos datos clínicos

Carlos comienza su terapia en junio de 1988. En ese momento tiene treinta y tres años.

Trabaja como profesor de tenis. Dice autoabastecerse. Realizó un análisis anterior. Estuvo en pareja durante tres años, de 1984 a 1987. Terminó la relación porque decía "se sentía atado".

Cuando consulta dice sentirse humillado y denigrado porque al ver una foto de su primo Marcelo "descubre" que éste es hijo de su padre.

El padre (Gustavo) falleció dos años antes de iniciar el tratamiento. Habla del hermano del padre (Gabriel) diciendo que es pintón, de su padre dice que era gordo y feo, y que no tenía ningún hobby.

Gustavo y Gabriel vinieron después de la segunda guerra mundial. Allí perdieron toda la familia. Aquí trabajaron juntos vendiendo ropa.

Carlos tiene una hermana dos años mayor llamada Sonia (por la hermana del padre muerta a los diez años). Sonia fue quien lo derivó, a partir de unas conversaciones casuales conmigo, en el lugar donde compartíamos las vacaciones.

Carlos refiere temores que se irán manifestando en el transcurso del análisis. Miedo a viajar en subte, al ascensor. En el subte por la fascinación de tirarse bajo las vías. Padece de vértigo.

### Comienzo desde el final

El analizante, Carlos, tiene hoy cuarenta y dos años y un hijo de tres. No tiene un trabajo fijo. Hay épocas en las que se incluye en algún nuevo proyecto. Pero suele abandonar o perder sus posibilidades laborales. En esos momentos se le hace difícil afrontar el pago de mis honorarios. Estas alternativas se han repetido a lo largo del tiempo. En una de estas coyunturas, da por hecho que bajaré mis honorarios sin que medie palabra alguna.

- Usted la tiene clara – dice en la sesión siguiente -. *Mi vieja me dijo: "lo que necesites yo siempre estoy y te lo doy". Al final veo el efecto que me causa. Es como decimos acá. Yo pienso que es la única, que no hay otra posible. Y usted... ya puede estar o no, por suerte todavía está, yo puedo venir o no y tengo a mi mujer y a mi hijo; con el laburo ya me la rebuscaré. Ya tengo cuarenta y dos años no estoy para cualquier cosa.*

Dada la historia del análisis de Carlos, que relataremos enseguida, diremos que estamos llegando al momento de concluir.

En las palabras transcriptas aparece la diferencia. Carlos habla de un antes y un después, en contraste con el "siempre" atribuido a la madre. El tiempo cobra dimensión, se escribe un pasado.

En efecto, con la palabra en transferencia no apuntamos a instalar el pasado en el presente, sino que intentamos ubicar al pasado en el pasado. Se ha transitado y se transita una repetición, en la repetición hay diferencia y se produce algo nuevo: el analizante ahora escribe su historia.

Un día Carlos es despedido de su trabajo. Aunque decía, quejoso, que en ese sitio no podía pensar, tampoco logra despegar del espacio físico en el que

trabajaba. Hasta que no le piden que deje de aparecerse por ahí, usa la computadora, manda y recibe correo electrónico desde el antiguo lugar de trabajo.

A partir del momento en el que le piden que no vuelva, comienza a generar ideas interesantes. Pero a la hora de llevarlas a cabo aparecen dificultades: habla con entusiasmo de posibles realizaciones originales y creativas, pero no soporta las demoras. Entra en tratativas, pero si hay una espera desfallece y abandona.

Este tema aparece en sus sesiones.

Habla de una película. El protagonista es Mozart y con él se compara. Está rodeado de gente que es como el otro personaje protagónico, contrafigura del genio, cuyo nombre no recuerda. Como le sucedía a Mozart le sucede a él: los que carecen de talento consiguen lo que se proponen y, en cambio, él no.

Es llamativo que Carlos no recuerde el nombre de Salieri pero además hay algo que me llama la atención. En el film es Salieri –quien es bien diferente del genio- el que se desespera porque el joven Wolfgang Amadeus logra sin trabajo casi, sólo por su talento, aquello que a él le cuesta enorme esfuerzo y dedicación.

En un sentido, Carlos se parece más al Salieri del film. En efecto, el cine muestra a un Salieri que había creído ser, definitivamente, el favorito de la corte hasta la irrupción de Mozart, joven éste, tan irresponsable como dotado de desbordante talento. Ante esta desoladora realidad, Salieri se vuelve contra dios por la injusticia de no ser reconocido, ni suficientemente premiado por su esfuerzo. Se vuelve contra ese dios que le ha otorgado dones increíbles a uno que no ha hecho nada por merecerlos.

Entonces le pregunto - *¿Por qué debería ser tan genial como Mozart?*

Insiste Carlos: *a mí se me ocurren cosas bárbaras. Pero los otros las logran y yo no. Eso le pasa.*

- *¿Como a Salieri?* - le digo.

Estas palabras causan efecto.

Le ofrecen trabajos que no están a su nivel, dice. Tal vez debería tomarlos más en cuenta. Cuando pretende ser Mozart, no puede ser Carlos y se transforma en Salieri.

- *Pero no es todo. Hay algo más, dice Carlos, - hay algo con Mozart, algo que me insiste. Y no puedo saber qué es.*

- *Hay una figura oscura en esa película, le digo. Una figura que se le aparece a Mozart.*

- *El padre – recuerda repentinamente.*

Habla entonces de su propio padre. Cuando él iba al negocio, no le hablaba. A veces le llevaba algún proyecto. Parecía aceptarlo. Pero al final, si necesitaba algo se lo negaba. Una vez quiso tener una moto y el padre le dió su consentimiento. Pero, por fin, no permitió que la comprara.

La interpretación que sigue a estas asociaciones apunta a la posibilidad de un cierto cuidado del padre hacia él.

- *No lo pensé así. – dice. Y continúa: - Entonces no importa tanto ser como el resto, importa más no escracharse. Cuando quiero ser Mozart, me escracho.*

Transcurre un tiempo. Carlos quiere agregar una sesión más a las dos semanales que tiene hasta el momento. Trabajamos un mes de este modo, pero como nada se resuelve en lo laboral, dice que va a dejar la tercera sesión. Se le habían confirmado dos pequeños contratos pero le sobra tiempo.

Volvemos a trabajar durante un mes con dos sesiones semanales.

Se queja, una y otra vez porque tiene que hacer todo solo. Y no puede. Hay muchísimas situaciones en las que quiere asociarse con otros, sin aportar capital. No lo aceptan. Insiste en que tiene que hacer todo "solo".

Las interpretaciones apuntan a la "soledad" de la que habla. También señalan la presencia de otras mujeres a su alrededor: la esposa, la madre, la hermana, la analista.

Acerca de la hermana, Carlos dice que ella siempre se le aparece cuando él está mal y que finge ayudarlo, pero lo usa.

- Yo me doy cuenta que mi enojo acá, es en parte es porque ella me derivó, siempre se metió en mi otro análisis y a mí me agarra desconfianza con usted - dice.

Enseguida agrega que se sintió mal, que estaba solo en el auto y que se puso a llorar. Se acercó a las vías del ferrocarril y, recordó que, en ese mismo lugar, alguien frenó a la madre que, con él en brazos, estaba a punto de dejar que la agarrara un tren.

- Todavía hoy, primero me mando y después me asusto.

Le propongo retomar la tercera sesión y cobrarle dos. Se le llenan los ojos de lágrimas y ruedan por sus mejillas.

Tomará la tercera sesión, dice. Algo se le aclaró. La analista, a diferencia de la hermana es "una laburante". La hermana siempre quiso que la bancara. El, a veces, es un insoportable, pero no siempre. También es un laburante.

- Mire que trabajo en este análisis - dice.

Piensa buscar un abogado y no pedir a su mujer que haga ese trabajo para

él. Ve que la madre es una persona mayor. En el último tiempo está yendo a su casa y él le permite verlo como padre de su hijo. Ya no es el único maravilloso para ella.

Decidió tomar los trabajos chicos que le ofrecieron. En realidad se dió cuenta que no le da el cuero para más. Se pregunta por qué debería ser un salvador, si su propio padre no pudo salvar a nadie. Ha escuchado hablar a la analista de cosas semejantes, pero recién ahora las siente, dice. Por otro lado, cuando la mujer y los amigos hablan de irse del país, piensa en quedarse. Según el padre, con la crisis se puede hacer plata. El quiere quedarse en el análisis para ver si lo que hace y quiere, tiene que ver con los decires del padre o con el deseo de él.

Todo este tramo se da en un clima emocional intenso.

Carlos llora. Viene a mi recuerdo la historia de Chúa, que cuenta José Saramago. Pienso que el llanto de Carlos es la contrafigura de ese llanto; que estas lágrimas sí tienen remedio: "*Chúa, entonces, ya no lloraba, - escribe Saramago - pero sus ojos nunca más volverán a estar secos, que ése es el llanto que no tiene remedio, aquel fuego continuo que quema las lágrimas antes de que ellas puedan brotar y rodar por las mejillas*" (Saramago, "El Evangelio según Jesucristo", 1991, pág. 158).

En las palabras de Carlos se vislumbra un pasaje del sometimiento superyoico a una posibilidad sublimatoria. Diremos que se trata de un punto en el trabajo del análisis, en el que se interroga a la pulsión. Esta en su retorno, se asoma al abismo del *das Ding*, a aquello que queda por fuera de las representaciones y el sujeto se reencuentra "*con la singularidad del deseo en una*

*desexualización que sobrepasa los límites de lo representable"* (Frenkel, Mandet, Vaqué, "De exilios y márgenes en psicoanálisis", 2003, pág. 44). Es ésta una posibilidad sublimatoria, pues se recrea continuamente la pérdida fundante, que relanza el deseo.

La sublimación se entendería aquí como la que brinda un marco erótico al acotar la repetición, la totalidad, la invariabilidad, la muerte en fin, marcando tiempos y diferencias, habilitando un trabajo de la pulsión que, en su deriva, podrá ir a reencontrar objetos.

El trabajo sublimatorio permite representar aquello que constituye lo más extraño y lo más familiar. La sublimación no es síntoma, ni idealización, ni pulsión de meta inhibida, ni satisfacción directa; se muestra ajena al objeto y empeñada en la Cosa. Frente al tope de la censura, la pulsión inicia un recorrido inverso al modo del sueño y avanza más allá del registro que regula el principio del placer. En ese desasimiento representacional, ocurre la creación, al producir un objeto que no es una sustitución posible de aquel perdido y añorado, sino un captura fugaz del vacío dejado por la Cosa. De algún modo el trabajo de ligadura que se realiza en la sublimación es un límite al goce.

### **La narración del principio – Los comienzos del análisis**

Hacía dos años que el padre de Carlos había muerto, cuando inició su análisis. Su aspecto físico y su vestimenta eran los de un adolescente. Para sus allegados era "Carlitos". En los primeros tiempos llegaba a sus sesiones vestido con shorts, remedo de los pantalones cortos de un chico de otros tiempos.

Tenía miedo a viajar en subte. Experimentaba, con terror, la fascinación de tirarse bajo el tren. Sufría de vértigo. Su tema era estar solo. Según Carlos "sabía" que al cumplir los treinta y tres años iba a morir.

El padre llegó de Europa después de la segunda guerra y, aunque no hablara de este tema, siempre andaba buscando nazis con quien pelearse. Por esto la familia veraneaba en sitios en los que, según se comentaba, vivían nazis que llegaron al país huyendo tras la derrota de Hitler. El padre se había negado a cobrar la indemnización de Alemania. Era un hombre muy irascible y solía dirigirse a él diciéndole "maricón". A menudo discutía violentamente, en polaco, con su hermano. El tío de Carlos también era sobreviviente de la guerra. Describía a la madre como "un compañerito, un compinche"; se refería a ella en masculino. La hermana se metía en todo y era la preferida del padre.

Para Carlos había ciertos temas recurrentes: estaba solo y quería saber qué era. Tenía mucho éxito con las mujeres pero temía ser homosexual. Además lo asaltaba el recuerdo del padre diciéndole que era un inútil.

Su problemática giraba alrededor de la ley fallida, del goce, de un superyó tiránico y de su posición de sometimiento que, en tanto se manifestaba como pasivización, lo aterraba. Significativamente, buscaba, a menudo, situaciones de peligro.

En el análisis se imponía la continua necesidad de parar sus actings. Aunque esta cuestión era inquietante, por la posibilidad de caer en un estilo terapéutico directivo era, por el momento, la única manera posible de atemperar esa insistente repetición.

Pulsaba en él una suerte de fascinación por mantener una posición masoquista, siempre sometido a la violencia del otro. Lo asediaba la idea de dejar la llave de gas abierta, cuestión que aludía al deseo de que su padre hubiera muerto en la cámara de gas. De él había heredado un auto, pero no lo manejaba. Para Carlos, el interior del automóvil se vinculaba con la violencia paterna. Era un montaje escénico que le evocaba muchas situaciones de riesgo, con su padre al volante, manejando como loco y dándose vuelta hacia él para gritarle poseído por la furia, *"¡Imbécil, Maricón!"*.

También lo inquietaba que los hombres lo miraran desde los coches. Además sus relaciones con mujeres solían ser tormentosas.

En este tramo de su tratamiento, poco a poco, fue descubriendo las similitudes entre su propia madre y las mujeres con las que se conectaba, en relación con quienes él quedaba como puro objeto. La certeza de morir a los treinta y tres años fue interrogada cuando recordó que a los siete, su mamá lo castigó duramente y él se prometió matarla al llegar a esa edad.

En aquella primera época Carlos solía relatar sueños en cuyas asociaciones posteriores se evidenciaba la dramática jugada entre el tener y el ser. En ese tiempo Carlos hablaba a menudo de su deseo de ser indemnizado.

Por otro lado, experimentaba la vida como vaciada, sin sentido. Hablaba de *"no querer nada"*, de *"estar cansado"*, de que *"sus proyectos eran una porquería"*,

de "querer morirse".

Era evidente que se le hacía difícil concretar una idea. Cualquier proyecto era estimado en un nivel ilusorio. La idea sobrevalorada caía y lo arrastraba. Así, la sombra del objeto lo ensombrecía al modo de la melancolía. Deseaba tener éxito y progreso, pero no podía planificar el esfuerzo. Tampoco podía considerar que, aún con una buena idea, las cosas pudieran salir mal.

En relación con estos temas se evidenciaba su fuerte sufrimiento. El suponía que, en esas condiciones, a cualquier otro le iría bien, decía que él no servía. Era una declaración absoluta de absoluta inutilidad. Entonces lo acompañaba la idea de la muerte. Morir era eludir la castración, sometiéndose a un goce masoquista.

En esa época vivía bajo el imperio de una suerte de frase profética, a causa de la cual su ser estaba impedido de ser: "Serás un gran hombre". Aproximadamente así rezaba el imperativo categórico, bajo la forma de un enunciado acerca de su ser. La contrapartida de este imperativo hubiera podido formularse "Estarás siendo", un enunciado capaz de oficiar como promesa. Operaba en él la fuerza de lo oracular, vale decir: la fuerza del mandato superyoico.

Atrapado, hasta el momento, en los decires y haceres del otro, la experiencia subjetiva era ésta: solo, enfermo, viejo, sin límite ni fin.

## **CAPITULO VII**

### ***Trauma y tiempo en psicoanálisis***

## CAPITULO VII

### Trauma y tiempo en Psicoanálisis

Carlos se queja de que no puede seguir adelante con sus trabajos. Aunque llegó a ser padre y con las mujeres ya resolvió su conflicto, el problema del trabajo lo persigue desde "la prehistoria" (sic)

- *No va, no resuelvo con los laburos, no tengo deseos, no los sigo. Ud. No puede, yo no puedo, no se puede.*

- *¿No se puede? ¿Quién lo dice?* - Esta es la pregunta que le formulo.

- *Tengo un solo pantalón, sucio, con olor* - dice. Le recuerda el pantalón de su padre, siempre el mismo, con olor a caca. También él dice tener ese olor.

Tras la pérdida de su padre Carlos es, su padre.

Se hace evidente ahora la difícil tramitación edípica, que se pone de manifiesto en relación a la pérdida de objeto y en las peculiaridades de la identificación. El yo del sujeto queda escindido pero con el otro incorporado de modo intrusivo, según el modelo de la identificación primaria. Un residuo que no puede digerir ni perder definitivamente, que sigue emanando hedor a muerto-vivo, los restos de cuanto fue lo peor del padre.

Aquello perdido que debería perderse y que no puede perderse, deviene en identificación. Nos muestra el modo de identificación melancólica, como estructurante del yo. Así es que no hay tal pérdida. El superyó, representante del ello pulsional, no garantiza corte, pérdida, diferencia, en cambio, ordena que todo siga igual.

Ahora bien, tanto la teoría como la observación clínica de los efectos

inhabilitantes, no pacificantes del superyó, dan la idea de una peculiar relación entre superyó y trauma. El superyó intervendría en una trama compleja en la que se sostiene un malentendido temporal. En ésta lógica, el trauma no es algo que sucedió; es algo que sigue siendo.

El hallazgo de frases, palabras, giros, puestos en otro lugar dan cuenta de la emergencia de eso que sigue siendo, de lo traumático. Se trata de frases, de palabras que suelen ser de otros. El sujeto las pronuncia como si fueran propias, pero cuando preguntamos quién lo dijo, surge el desconocimiento. No sólo suelen ser de otros, a veces son dirigidas a otros. Así es que lo extraño y ajeno sigue con sus efectos.

Desde esta perspectiva, el trauma puede pensarse como un malentendido vinculado con el desamparo inicial del ser humano. Esa inermidad en la que es menester un otro, sea como fuere, dificulta tramitar toda pérdida. También sabemos que la pérdida es la que habilita el deseo, entonces cuando esta trama se arma, quedará un resto que emerge como superyó. La clínica permite vislumbrar el superyó en su faz inhabilitante, no pacificante, como instancia vinculada con el trauma. En efecto: si el mandato superyoico impone la inexistencia del tiempo, entonces instala un malentendido temporal por el cual nada desaparece, todo persiste. No hay procesamiento del pasado. Por esto el hecho, el de la pérdida, sigue siendo, y se sustituye, o se llena como se puede. Por esto es que puede hablarse de un malentendido temporal. En ésta lógica el trauma es algo que sigue siendo.

Aquí vale la pena recordar la diferencia entre "*historie*": lo conjetural, y la "*gueshichte*": hecho real, señalada por Freud en "Moisés y la religión monoteísta"

(1939, pág. 14). Al hablar de trauma hablamos de algo que sorprende porque presentifica lo real. Por el contrario, cuando algo se puede historizar, cuando se puede incluir ese algo en las cadenas asociativas para armar la historia conjetural, eso traumático deja de hacer efecto.

En la Addenda de "Inhibición, síntoma y angustia" (1926), Freud explica que angustia, dolor y duelo son trámites diferentes ante la pérdida de objeto. *"Tomemos de nuevo como punto de partida una situación que creemos comprender: la del lactante que, en lugar de avistar a su madre, avista a una persona extraña. Muestra entonces angustia, que hemos referido al peligro de la pérdida del objeto. Pero ella es sin duda más compleja y merece un examen más a fondo. La angustia del lactante no ofrece por cierto duda alguna, pero la expresión del rostro y la reacción de llanto hacen suponer que, además, siente dolor. Parece que en él marchara conjugado algo que luego se dividirá. Aún no puede diferenciar la ausencia temporaria de la pérdida duradera; cuando no ha visto a la madre una vez, se comporta como si nunca más hubiera de verla..."*

*"La situación en que echa de menos a la madre es para él a consecuencia de su malentendido no una situación de peligro sino traumática. O mejor dicho, es una situación traumática cuando registra en ese momento una necesidad que la madre debe satisfacer; se muda en situación de peligro cuando esa necesidad no es actual. La primera condición de angustia que el yo mismo introduce es, por lo tanto, la de la pérdida de percepción, que se equipara a la de la pérdida del objeto." <sup>16</sup> (Freud, "Inhibición, síntoma y angustia", 1926, pág. 158-159).*

El bebé cree que la madre no va a estar más. Considera su ausencia como

<sup>16</sup> El subrayado es propio.

pérdida. Ella no está, ni estará nunca más. Esa ausencia es para siempre. Un malentendido que proviene de equiparar pérdida de percepción a pérdida de objeto.

En "Duelo y Melancolía" en el punto en que la melancolía nos ilustra acerca de la formación del yo, Freud trae ideas en las cuales se prefigura el concepto de superyó, y así dice: *"... detengámonos un momento en la mirada que esta afección, la melancolía nos ha permitido echar en la constitución íntima del yo humano. Vemos que una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia críticamente, la toma por objeto, digamos. Y todas nuestras posteriores observaciones corroborarán la sospecha de que la instancia crítica escindida del yo en este caso podría probar su autonomía también en otras situaciones. Hallaremos en la realidad fundamento para separar esa instancia del resto del yo. Lo que aquí se nos da a conocer es la instancia que usualmente se llama conciencia moral; junto con la censura de la conciencia y con el examen de realidad la contaremos entre las grandes instituciones del yo, y en algún lugar hallaremos también las pruebas de que puede enfermarse ella sola ..."* (Freud, "Duelo y melancolía", 1915, pág. 245).

Se trata de una escisión a partir de la cual una parte toma a la otra como objeto. El superyó, que toma como objeto al yo aparece nominado como conciencia moral, instancia crítica. Y como dice Freud, es una instancia que puede enfermarse por sí sola.

A renglón seguido, Freud habla de la identificación: *"... la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto*

resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. De esa manera, la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una bipartición del yo crítico y el yo alterado por identificación".<sup>17</sup> (Freud, "Duelo y melancolía", 1915, pág. 246-247).

---

<sup>17</sup> El subrayado es propio.

### **Algunas puntuaciones en referencia al superyó**

Han sido expuestas ya varias ideas acerca del superyó como instancia, representante del ello pulsional, vinculado con el yo ideal, bajo cuyo imperio no existe renuncia alguna, ni pérdida posible.

Diremos que el superyó tiene que ver con la identificación primaria previa a toda carga de objeto, incorporación oral canibalística, intrusión proclive a la fijación, que no entra en la dialéctica de las identificaciones secundarias, figura del Padre primordial, el "*Urvater*", idealizado, todopoderoso del que siempre queda un resto no simbolizado.

Figura opuesta a la del padre simbólico que legisla y pacifica el superyó ordena un imposible: ¡Goza! (Lacan, "Seminario 20", 1972-1973, pág. 11).<sup>18</sup> Habla y restituye: el corte es imposible. ¿La pérdida? No hay tal cosa. Desde su raigambre primitiva completa narcisísticamente y, como queda dicho, deja un resto que insiste y resiste a la simbolización.

En cambio el sujeto consigue pacificarse si el corte se articula de otra manera; si puede perder, hacer duelo, accede a la ética pacificadora del ideal del yo.

El superyó – como señala Freud, es el monumento recordatorio de la endeblez humana (Freud, "El yo y el ello", 1923, pág. 49)<sup>19</sup>, conserva el trauma, saldo de la experiencia de dolor – afecto –, angustia como pura cantidad, a modo de signo recordatorio de la necesidad de Otro que nos pone a su merced, ligadura

---

<sup>18</sup> "superyó imperativo de goce: ¡Goza!"

<sup>19</sup> La cita textual dice: "monumento recordatorio de la endeblez del yo"

relacionada con el desamparo inicial, radicalmente diferente a la experiencia de satisfacción, que inscribe huella y deja como saldo la apertura al deseo.

También nos dirá Freud que ello y superyó muestran coincidencia dado que representan "... los influjos del pasado: el ello, los del pasado heredado; el superyó, en lo esencial, los del pasado asumido por otros." (Freud, "Esquema del psicoanálisis", 1938, pág. 145).

La emergencia en la clínica es la de un "enunciado discordante" (esto dice Lacan del superyó) (Lacan, Seminario 1: "Los escritos técnicos de Freud", 1953-1954, pág. 292), de carácter traumático, ciego, repetitivo, que denuncia que el sujeto sigue ligado al fantasma de Otro todopoderoso, figura de un padre imaginario, Amo absoluto no atravesado por la castración, fuera del tiempo, como Dios.

Según Zizek, cuando el paciente llega está perturbado por un mensaje oscuro, indescifrable pero persistente, que lo bombardea desde afuera. Al final del tratamiento asume ese mensaje como suyo propio; lo enuncia en la primera persona del singular ("El espinoso sujeto", 2001).

"Ni meras palabras ni despreciemos su empleo en psicoterapia" decía la conferencia citada en las páginas anteriores ("Conferencias de introducción al psicoanálisis", "1ª conferencia: Introducción", 1915-1916, pág. 15). Hemos seguido, en parte el caso de Carlos y llegados a este punto, consideramos que en ese "mientras tanto" de la transferencia, lo que sigue siendo pasó a ser pasado.

Fuimos advertidos acerca del poder de la palabra en la cura y no dejamos de valernos de ella.

¿Qué hacemos entonces, como analistas, con el poder de la palabra?

Renunciamos a ese poder. Renunciamos en el sentido de alguien que no está para persuadir ni para ordenar, porque sino; se pierde en sus propios demonios.

Y nos preguntamos: ¿de qué palabra se trata en psicoanálisis?

"Tres Ensayos" (1905), "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), como otros tantos textos, conducen a la palabra enlazada a la sexualidad. "Carta 52" (1896), "Los sueños" (1900), "Psicopatología de la vida cotidiana" (1901), "El chiste" (1905), orientan hacia el eje del lenguaje. Dos ejes que por cierto no se contradicen: el lenguaje se anuda con la sexualidad, dice Freud. La índole de los dos ejes es la misma y es la Ley, como Ley del padre, la que, en relación a lo simbólico, al prohibir permite.

En el trabajo analítico, en transferencia, la escucha atiende a un idioma extranjero, extraño. Otro idioma.

Un interesante ejemplo del desciframiento de este otro idioma. G. Hadad (1985, pág. 11) reinterpreta el Sueño de la Inyección de Irma: dentro de la palabra "*trimetilanina*", dice, se encuentran estas tres palabras: "Emet" - "Min" - "Met", que, en hebreo, significan: Verdad, Sexo y Muerte.

Verdad en el sentido de la convicción, de la experiencia del inconciente. Sexo y muerte, ¿no son acaso los temas del inconciente? Y luego, dibujando la fórmula de la trimetilanina aparece la letra ( $\psi$ ) Shin, en hebreo, que remite al nombre de Dios, impronunciable.

En la fórmula soñada hay algo más que una mera denominación química: hay sexo, muerte y verdad. Un jeroglífico en el que habla el Otro, el Otro que nos habita bajo la forma del inconciente.

Estamos hablando de un sueño con cuyo análisis Freud se apropia de la verdad de su descubrimiento, de la convicción del inconciente. Tal como si dijera: *"mi inconciente, esa palabra que habla en mí, más allá de mí."* (Lacan, "Seminario 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica", 1955, pág. 259).

Ahora nuestra clínica.

Carlos dice: - *Siempre me pone a Amalia antes que a mí. Yo no puedo nada.*

La interpretación, en esta ocasión, gira alrededor de la palabra *Amalia*. "Liar con un ama" "Aliar con ama". La asociación inmediata de Carlos corrobora la de-construcción - construcción.

- *Me es siempre difícil zafar de mi vieja.*

Después dice.

- *Soñé que construía una pared, del otro lado había dos mujeres, una joven y una vieja; no sé que decir.*

Según Carlos "la pared" no le dice nada. Pero cuando le digo que podemos cambiar el orden de las letras de la palabra, él asocia - *Hoy mi mujer se hizo el test. Voy a ser padre.*

Que escucha un analista? Palabras, en las que hay algo distinto de lo que se quiso decir. Palabras que se ordenan en un chiste, en un lapsus, en un olvido; cuestiones del malentendido.

El analista escucha, puntúa, recorta.

Así es que retorna algo diferente de aquello que ha sido dicho. Aquí el efecto *apres coup* sirve a la cura. En este tiempo peculiar, tiempo retroactivo, en el que lo posterior obra sobre aquello que precede, la de-construcción será

interpretación. Se trata de un modelo de tiempo no cronológico, no lineal. Dos tiempos para la sexualidad dos tiempos para el trauma, aquí es necesario el *tiempo de resignificación*.

Entonces se escucha cómo se juegan en cada uno, las marcas de ese inconciente atemporal. Marcas que, en su producción, dan una significación nueva al ser dirigidas a alguien que escucha de otra manera.

A veces alcanza un cambio en la puntuación. Notemos, por ejemplo, la diferencia entre estas dos formas de puntuación en un texto. La primera forma es la siguiente: "*Una voz clama, en el desierto abran camino a Jehová*". La segunda forma es: "*Una voz clama en el desierto, abran camino a Jehová*" ("Santa Biblia". Isaías, Capítulo XL, versículo 3).

## **CAPITULO VIII**

### ***Reflexiones finales***

## **CAPITULO VIII**

### **Reflexiones finales**

*Lej lejá:*

#### **Vete hacia ti**

*Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. ("Génesis" XII:1). Este es el mandato que Abram recibe de Jehová, y que puede traducirse (el Lej Lejá) del hebreo original como un Vete hacia ti. Como todavía no ha sido realizado el pacto, su nombre es Abram y no Abraham.*

El sujeto cuando enuncia en primera persona del singular se apropia, transforma, puede hacer algo con eso, dejando aquello que era, de una vez y para siempre.

En una carta a Fliess, del 16/04/1900, escribe Freud:

*"... E. finalmente ha concluido su carrera de paciente con una invitación para la tertulia en mi casa. Su enigma está resuelto casi completamente, su estado es excelente, su ser enteramente cambiado, de los síntomas queda por ahora un resto. Empiezo a comprender que el carácter en apariencia interminable de la cura es algo sujeto a ley y depende de la transferencia. Espero que este resto no perjudique el éxito práctico. Estaba por completo en mis manos prolongar todavía más la cura, pero vislumbré que este especial compromiso entre estar enfermo y estar sano es deseado por los propios enfermos, y por lo tanto el médico no debe inmiscuirse. La conclusión asintótica de la cura, que en esencia me resulta indiferente, siempre es un desengaño más para los circunstantes. Por lo demás no quito mi ojo del hombre. Como él tuvo que acompañar todos mis errores técnicos y teóricos, creo que tal vez un caso posterior se resolvería en la*

*mitad de ese tiempo. Que el Señor envíe pues este posterior.*" (Freud, "Cartas a Wilhelm Fliess": carta 242, 1900, pág. 448).

Eran los tiempos fundacionales del psicoanálisis. Sin embargo, nuestra experiencia recorre otra vez los caminos de Freud.

Un día finaliza el trabajo del psicoanalista y la carrera de paciente del paciente. Para decepción de los circunstantes, el analista queda fuera y nunca sabe cómo sigue y como terminará la cuestión. Pero no debe inmiscuirse, ese tratamiento concluye, el psicoanálisis sigue, en la práctica con otros pacientes y también en el alma de quien terminó su carrera de paciente. Según la metáfora de la cura asintótica, al modo de las curvas que se prolongan sin llegar nunca a rectificarse, los caminos de paciente y analista han de transcurrir cada uno por su lado.

El trabajo del análisis no coincide del todo, no recubre del todo. Ni todo puede decirse con la palabra, ni hay análisis completo. Es que hay un tope, hasta allí se llega. Es la lógica de la castración, la lógica del deseo.

Pues sí, un día sucede el final, sin el título de FIN, sin toque de clarines. Con el necesario duelo de cuanto uno fue para el otro, dejando nosotros como analistas de estar ahí, haciendo aquello que hacíamos. Y así es que el final sucede. En realidad lo hemos considerado desde el principio.

En la intervención psicoanalítica, en los caminos de la cura, el "apres coup", la resignificación, va a decir cómo sigue la historia de la que el paciente se ha apropiado, hablando ahora en primera persona del singular, para dejar aquello que era, de una vez y para siempre. Al darse cuenta el sujeto que aquel ser terminado y completo que debía ser y al que jamás accedió, es un deseo trasnochado

respecto de un Otro, que él mismo intentó sostener y que se trasmite de una generación en otra, a los efectos de negar la muerte, el tiempo, las diferencias.

A posteriori, y por las suyas, el analizante dará cuenta de su cambio. Nosotros, en tanto analistas, quedamos afuera.

Nos sostiene el deseo de analizar, renovado en cada análisis, ante el trabajo del inconsciente que se hace ver, de a ratos, en las dudas, en las lagunas, en los olvidos, marcados como la señal bordada en el vestido de Sigfrido (Freud, "La interpretación de los sueños", 1900, pág. 51) y en los encuentros con lo Real, causa del deseo. Todo cuanto nos convoca a intervenir, por vía de la palabra, de la palabra como acto.

La cita del epígrafe "*Lej lejá*" y la traducción posible, no oficial, traía la idea del hombre que ha de dejar la casa del padre, la patria, lo consabido, para "*irse hacia él mismo*".

Algo así sucede en el análisis: un ser humano que sufre acude a nosotros y junto a él transitamos un tiempo acotado para que, mediante el acto y la palabra en transferencia, consiga, por fin, irse hacia él mismo.

La pérdida fundante se renueva, se acepta la falta, se abandonan los dioses ajenos, que implicaban el extrañamiento de uno mismo, bajo la forma de la sujeción a saberes consabidos. Es un duelo necesario, para que de ahí en más, el sujeto pueda transitar con mayor libertad los enigmas de su ser.

## ***Bibliografía***

### **Bibliografía**

- Basch C., Cabral A., Paulucci O., Peskin L.  
*La dirección de la cura*  
Seminario de posgrado A.P.A. 2002-2003
- Bloom Harold, Scholem G., Idel M. y otros  
*Cabalá y reconstrucción*  
Editorial Azul, Barcelona, 1999
- Braunstein, Néstor  
*Goce*  
Editorial Siglo XXI, 1998
- Prof. Casullo, María Martina  
Clases del curso:  
*Metodología de la Investigación en Psicología* (Código DO 1510)
- Chemama, Roland  
*Diccionario del psicoanálisis*  
A.E., 1996
- Dorfman Lerner, Beatriz  
*Investigación en Psicoanálisis*  
Revista de psicoanálisis de A.P.A. Tomo LIX, N° 2, abril-junio/2002
- Eco, Umberto  
*Como se hace una tesis: Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*  
Editorial Gedisa, 2000
- Fenichel:  
*Teoría Psicoanalítica de las Neurosis (1946)*  
Editorial Paidós 1966
- Freud, Sigmund  
*Cartas a W. Fliess (1887/1904)*  
A.E., 1994
- Proyecto de una psicología para neurólogos (1895)*  
A.E., 1988, Tomo I
- Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 52 del 06/12/1896.*  
A.E., 1988, Tomo I
- La interpretación de los sueños (1900)*  
A.E., 1979, Tomo V

*Psicopatología de la vida cotidiana (1901)*

A.E., 1989, Tomo VI

*Fragmento de análisis de un caso de histeria (caso Dora) (1905 [1901]).*

A.E., 1983, Tomo VII

*Tres ensayos de una teoría sexual (1905)*

A.E., 1983, Tomo VII

*El chiste y su relación con lo inconciente (1905)*

A.E., 1989, Tomo VIII

*El Creador Literario y el Fantaseo (1908)*

A.E., 1989, Tomo IX

*A propósito de un caso de neurosis obsesiva (caso del "Hombre de las Ratas") (1909)*

A.E., 1980, Tomo X

*Un recuerdo Infantil de Leonardo da Vinci (1910)*

A.E., 1989, Tomo XI

*Tótem y tabú (1912)*

A.E., 1988, Tomo XIII

*El Moisés de Miguel Ángel (1914)*

A.E., 1988, Tomo XIII

*Introducción del narcisismo (1914)*

A.E., 1984, Tomo XIV

*Pulsiones y destinos de pulsión (1915)*

A.E., 1984, T. XIV

*Duelo y melancolía (1917 [1915])*

A.E., 1984, T. XIV

*Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II) (1915/1916).*

*Primera conferencia: Introducción*

A.E., 1991. Tomo XV

*Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III) (1916/1917)*

*Conferencia número 27: La transferencia*

A.E., 1991. Tomo XVI

*Lo ominoso (1919)*

A.E., 1990, Tomo XVII

*Más allá del principio de placer (1920)*

A.E., 1992, Tomo XVIII

*El yo y el ello (1923)*

A.E., 1984, Tomo XIX

*Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])*

A.E., 1979, Tomo XX

*El malestar en la cultura (1930 [1929])*

A.E., 1990, Tomo XXI

*Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1933 [1932])*

31ª conferencia. *La descomposición de la personalidad psíquica*

32ª conferencia. *Angustia y vida pulsional*

A.E., 1991, Tomo XXII

*Sobre la conquista del fuego (1932 [1931])*

A.E., 1991, Tomo XXII

*Análisis terminable e interminable (1937)*

A.E., 1991, Tomo XXIII

*Esquema del psicoanálisis (1940 [1938])*

A.E., 1991, Tomo XXIII

*Moisés y la religión monoteísta (1939 [1934-1938])*

A.E., 1991, Tomo XXIII

*Esquema del psicoanálisis (1940 [1938])*

A.E., 1991, Tomo XXIII

Frenkel, Perla

*Acerca de los dolores del alma*

XVIII Encuentro y XIII Symposium A.E.A.P.G., 1995

XXIII Congreso interno y XXXIII Symposium A.P.A., 1995

Frenkel Perla, Urriza Leonor

*Más allá del deseo la ley, mas acá el caos*

XVIII Encuentro y XIII Symposium A.E.A.P.G., 1995

XXIII Congreso interno y XXXIII Symposium A.P.A., 1995

- Frenkel, Perla  
*Del tripalium o del laborar*  
XIX Encuentro y XIII Symposium A.E.A.P.G., 1996
- Frenkel Perla, Perez Ferretti Liliana  
*Apropiarse de la herencia, linaje o resto*  
Precongreso I.P.S.O. Barcelona, 1997
- Frenkel, Perla  
*Guernica*  
XXVII Congreso interno y XXXVII Symposium A. P. A., 1999
- Lo que sigue siendo*  
XXIX Encuentro anual de discusión y XIX Symposium A.E.A.P.G., 2001  
XXIV Congreso F.E.P.A.L., 2002
- Frenkel Perla, Lauriña Cecilia  
*Porque no todo se puede, algo se puede*  
XXIX Encuentro anual de discusión y XIX Symposium A.E.A.P.G., 2001  
XXIV Congreso F.E.P.A.L., 2002
- Frenkel Perla, Mandet Eduardo, Vaqué Mónica  
*De exilios y márgenes en psicoanálisis. Acerca de más allá del principio de placer*  
Ediciones de poesía y psicoanálisis, 2003
- Garma, Angel y Elisabeth  
*La escotomización del sometimiento al superyó en la teoría de Freud del narcisismo*  
Revista de Psicoanálisis A.P.A. Vol. 33 N° 4 de 1976
- Gerez Ambertín, M.  
*Las voces del superyó*  
Editorial Manantial, 1993
- Imperativos del superyó. Testimonios clínicos.*  
Lugar Editorial, 1999
- Hadad, G.  
*El hijo ilegítimo, Fuentes talmúdicas del psicoanálisis*  
Editorial La Semana, 1985, Israel
- Hernández Sampieri, R. – Fernández Collado, C. – Lucio, P. B.  
*Metodología de la investigación*  
Ed. Mc. Graw Hill Interamericana – México – Tercera edición

Hornstein, L.

*Cura psicoanalítica y sublimación*  
Editorial Nueva Visión., 1988

Juranville, Alain

*Lacan y la filosofía*  
Editorial Nueva Visión, 1992

Klein, M.

*Situaciones Infantiles de Angustia Reflejadas en una Obra de Artes y en el Impulso Creador (1929)*

Principios del Análisis Infantil – Contribuciones al Psicoanálisis  
Editorial Hormé, 1971

*Primeros estadios del conflicto de Edipo y de la formación del superyó*  
Revista de Psicoanálisis A.P.A. Vol. 1 N° 1 de 1943

Lacan, J.

*La dirección de la cura y los principios de su poder (1958) en Escritos 2*  
Editorial Siglo XXI, 1987

*El Seminario. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud (1953/954)*  
Editorial Paidós, 1995

*El Seminario. Libro 2, El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica (1954/1955)*  
Editorial Paidós, 1995

*El Seminario. Libro 7, La Ética del Psicoanálisis (1959/1960)*  
Editorial Paidós, 1988

*El Seminario. Libro 10, La angustia (1962/1963)*  
Editorial Paidós, 2006

*El Seminario. Libro 17, El reverso del psicoanálisis (1969/1970)*  
Editorial Paidós, 1992

*El Seminario. Libro 20, Aún (1972/1973)*  
Editorial Paidós, 1989

Laplanche, J.

*La sublimación*  
Problemáticas III, Amorrortu, Bs. As., 1987

- Mijolla, Alain de  
*"Los visitantes del yo"*  
Tecnipublicaciones, 1986
- Millot. Catherine  
*Nobodady. La Histeria en el siglo*  
Editorial Nueva Visión, 1998
- Miller J.A.  
*Recorrido de Lacan*  
Editorial Manantial, 1984
- El deseo de Lacan*  
Editorial Atuel-Anáfora, 1997
- Nasio Juan David:  
*Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*  
Editorial Gedisa, 1994
- Peskin, Leonardo  
*Los orígenes del sujeto*  
Editorial Paidós, 2003
- Reik, Theodor  
*El ritual (1919)*  
Editorial Acme Agalma, Bs. As., 1995
- Santa Biblia  
*Versión Casiodoro de Reina (1569)*  
Editorial Sociedades Bíblicas Unidas  
Libro Génesis (Cap. I:1)  
Libro Génesis (Cap. XII:1)  
Libro Isaías (Cap. XL:3)  
El Santo Evangelio según San Juan (Cap. I:1)
- Saramago, J.  
*El Evangelio según Jesucristo*  
Editorial Punto de Lectura, 1991
- Strachey  
*Naturaleza de la Acción Terapéutica Negativa en Psicoanálisis*  
Revista de psicoanálisis de A.P.A. N° 4. 1947-1948
- Treszezamsky, José  
*El superyó "protector"*  
Revista de Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados,  
N° 23: Acerca del superyó. 1927

Zizek, S.

*El espinoso sujeto*

Editorial Paidós, 2001